6809

Marimén

Comedia en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

Pedro Ribas Valero

Y

José Cabeza Fdez. de Castro

Cádiz

Talleres Tipográficos

Hijos de Gonzalo Cerón

Beato Diego de Cádiz, 6

1919

5

Marimén

Esta obra es propiedad de sus autores.

Queda hecho el depósito que marca la ley

MARIMÉN

Comedia en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

Pedro Ribas Valero

Y

José Cabeza Fdez. de Castro

TALLERES TIPOGRÁFICOS
HIJOS DE GONZALO CERÓN
BEATO DIEGO DE CÁDIZ, 6
CÁDIZ

PERSONAJES

Marimen
Rosa
Salud
Doña Escolástica
Daniel
Don Roque
Sebastián
Enrique

Alvaro, Vizconde de ***
Angel
Antonio
Domingo
Notario
Muñoz
Mozo

La acción en Cádiz. Epoca actual; en primavera. Derecha e izquierda las del espectador.

ACTO PRIMERO

Sala modestamente amuebladada. Derecha, dos puertas: la primera da a la alcoba de Rosa, que tiene una ventana practicable, y la segunda a la de Marimén. Izquierda, otras dos puertas: la primera, al resto de la casa, y la seguda es la puerta del piso, con puertecita mirilla y timbre. Al foro un gran balcón, por el que se ven las copas de los árboles de la Alameda, destacándose sobre el mar. Un paragüero, con espejo, entre el portón y la primera izquierda, dos sillitas bajas de costura y un velador con recado de escribir, etc.

ESCENA I

Rosa limpiando el polvo con un plumerito. Marimén, bordando.

MAR. ¡Qué aburrimiento de vida! ¡Tres días sin salir metida en casa bordando o cosiendo!... ¡Yo no puedo con ésto!

ROSA. Poco tiempo llevas de encierro; bastante ha tardado tu novio en prohibirte salir a tu antojo. Además ahora, tu equipo...

MAR. ¡No me hables de equipo!

ROSA. Lo mejor será que no te hable de nada.

MAR. Hoy no hay quien me aguante, ¿verdad? ¡Pues te aguantas! (Marimén suelta un terno—el de novia, que estaba bordando—y coge una revista de modas de encima de una sillita).

ROSA. No lo tires, que se va a manchar; trae, yo seguiré. (Se sienta a bordar).

MAR. (Leyendo distraída) Este modelo presenta detalles decididamente nuevos. Es un vestido de tarde, hecho de seda Pompadour, de fondo negro, moteado de flores... (Mirando a Rosa) ¿Qué estás pensando de mí, primita? ¡Dilo, no seas hipócrita!

ROSA. Más que en tí, pensaba en Daniel, que tanto lo estás martirizando, que temo...

MAR. No temas; él seguirá haciendo, como siempre, lo que yo quiera. En todo caso seré yo quien rompa las relaciones, porque... ¡no me llena del todo, la verdad.

674457

ROSA. Es un buen partido...

MAR. Sí, por el ojo.

ROSA. Es un chico de carrera...

MAR. Vaya una cosa: un medicucho, lo es cualquiera.

ROSA. Pero él se ha llevado la cátedra de Sevilla.

MAR. ¿Quien te niega su talento? Pero, yendo a lo positivo, si no llevara yo nada al matrimonio, ¿qué sería de mí? un modesto vivir, y gracias, pues de trajes y sombreros no quiero ni hablar; todo su sueldo, con sólo que me compre una pluma, vuela.

ROSA. Y el caso es que lleváis dos años de relaciones sin un disgusto.

MAR. Como que no puede tener queja de mí, que bien le dejo hacer su santa voluntad.

ROSA. Porque es formal y te quiere...

MAR. Es que si no fuera por eso, ya le habría yo cantado las verdades del barquero, mira tú ésta. Y no le alabes tanto, que soy su novia, y va a parecer que lo eres tú... y yo la suegra.

ROSA. ¡Qué cosas tienes!

MAR. El sí que tiene cosas; quiere que le escriba todos los días, tres pliegos cruzados.

ROSA. ¿No te los escribe él?

MAR. Sí, hija, ¡y hasta seis!; con decirte que hay días que no los leo todos... ¿Y su manía de ahora de que no salga sino a misa, y eso contigo?

ROSA. Es tu prometido, y de tí debería salir... no salir.

MAR. ¡Qué chistosa! ¡Acabarás por ponerme los nervios de punta! (Pausa) Yo desearía un hombre disputado por todas, grande de España... ¡un gran partido!... aunque fuera feo.

ROSA. ¿Y viejo?

MAR. ¡Narices! ¡No seas majadera! ¿No soy guapa? ¿No seré al casarme, rica? Pues entonces, bien puedo exigir.

ROSA. ¿Te gusta como va?

MAR. Sí... Dirás que soy vanidosa, y lo que soy es franca como ninguna. Acaso esté algo orgullosa de mí... cúlpale a mis pretendientes; no sabes tú lo que es una nube de hombres llamándole constantemente a una guapa, y fina, y elegante, y... ¡qué sé yo!; es para creerlo. Actualmente me asedian tres: Antonio Limón, que ya sabes lo rico que es; un guardia marina,

Angel no sé cuantos, de muy buena familia por cierto, y Enrique Pérez...

ROSA. Ese pretende a una escoba con faldas.

MAR. ¿Sí? ¡Ah!, pues me habré equivocado.

ROSA. Sé lo que vas a decir: vendrá por mí.

MAR. Cuando a tí también se te ha ocurrido, que eres la que barre aquí... Pero en fin, me quedan los suficientes para que si el madrileño se descantilla...

ROSA. ¡Qué atrocidad!

MAR. ¿Te asustas, palomita blanca? Claro, acabadita de salir del convento, ¿qué sabes del mundo?

ROSA. Y consérveme Dios la ignorancia. Tener un novio formal, y pensar en tres ¡qué horror!

MAR. Y basta ya de sermón; si no te parece bien que piense en tres, te apuntas siete. Yo hago lo que se me antoja; y tú vete con tus monjitas a que te den lecciones de sociedad.

ROSA. Ya me enseñaron.

MAR. Pues mal aprendiste, que no sabes más que rezar con la voz cascada y hacer dulce de compota. Y óyeme un consejo: enciende una vela a Dios, y otra...

ROSA. ¿Al diablo?

MAR. No, a San Antonio; porque si él no te hace un milagro, milagro será que te cases.

ROSA. Mal hace la devoción con la coquetería.

MAR. ¿Sí, verdad?; pues verás como cura un pellizco la majadería. ¿Le parece a usted la mogigata ésta?; y todo por envidia, eso, envidia de verme con tantos pretendientes, y tú... ¡a dos velas!

ROSA. Eres tan amable conmigo como fiel con tu novio. (Se levanta).

SALUD. (Dentro). ¡Rosa, trae pa acá la escoba!

MAR. Anda, que debe de estar ahí Enrique.

ROSA. Sí, ya quedamos en que venía por mí. (Váse por la primera izquierda).

En la calle se oye chillar a unos chiquillos: «¡Suelta el paquete! ¡Suelta el paquete!»

MAR. ¿Qué gritos son esos? (Suena el timbre) ¿Quién?

D. ROQUE (Dentro). Yo, abre pronto.

ESCENA II

Marimén; D. Roque, por la puerta del piso, con un paquete monstruo y un vaso tapado en su boca por un papel. Este D. Roque tiene los pies tan abiertos que parece están en prolongación; largos bigotes y barba, desaliño en su vestimenta, corbata emancipándose de la prisión del chaleco y un flexible que da compasión.

MAR. ¿Qué trae usted ahí?

D. ROQ. Tu vestido...

MAR. ¿Mi vestido? ¿Y me lo trae usted?

D. ROQ. Lo tenía listo D.ª Escolástica, pero las oficialas habían salido a almorzar; y yo me dije: si no se lo llevan enseguida, buena se va a poner... Opté por traértelo.

MAR. ¡Qué lío! (Coge el paquete y los deshace).

D. ROQ. Si está muy claro.

MAR. Me refiero al vestido, que está hecho una cotufa

D. ROQ. Hija, no me recrimines, que lo he traido como si fuera un recien nacido.

MAR. ¡Ay, qué rabia, qué rabia y qué rabia! ¡Qué brutos son los hombres!

D. ROQ. Pero niña...

MAR. Claro, como usted lleva la ropa con más dobleces que un abanico... Pues yo no me lo pongo, no me lo pongo y no me lo pongo. (Patea furiosa el vestido).

D. ROQ. Bueno te lo está poniendo. Ah, ya se me olvidaba; me dijo la simpática D.ª Escolástica que luego vendrá a saber si para el otro vestido prefieres... (de carretilla) la blusa y el corpiño confeccionado de *fulás* moteado y crepés *Gergente*...

MAR. ¿Se lo aprendió de memoria?

D. ROQ. Como el *Juanito*. Y también me habló no sé qué de chorreras; no creo que se refiriese a tí, porque tú no eres ninguna jamona.

MAR. No diga usted más tonterías, y devuelva ésto para que lo planchen otra vez.

D. ROQ. Tú quieres que me apedreen los chiquillos. ¡Si supieras lo que ha pasado tu padre!: todo un calvario.

MAR. ¿Pero que lleva usted ahí?

D. ROQ. Tolú; jarabe de tolú.

MAR. ¿Y lo ha traido con mi traje? ¡Para que se hubiese manchado!

D. ROQ. ¿Qué iba a hacer?; ni Salud ni Sebastián me le traín... (tose) y mira como tiene el pecho tu padre.

MAR. ¡Mi padre! ¿Pero usted es mi padre?, porque no lo parece. (Váse por la segunda derecha).

D. ROQ. Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal... líbranos, Señor, de una bronca filial. (Deja el vaso y recoge el vestido).

ESCENA III

D. Roque. Salud, con una capota antidiluviana, y traje escurrido, por la primera izquierda.

SALUD. Don Roque...

D. ROQ. (Agachado, recogiendo) ¿Qué hay?

SALUD. Echeme un ojito... ¿Qué le parezco?

D. ROQ. La sota de bastos. ¿De dónde ha sacado esa capota prehistórica?

SALUD. Del arca grande. Es un sombrero de la difunta madre de su difunta de usted.

D. ROQ. ¡Muy bonito!

SALUD. No es feo, ¿verdad?

D. ROQ. Si digo que ¡muy bonito haber tocado el arca santa!; sí, porque ese arca debe ser sagrada para usted, Salud!

SALUD. No sabía yo eso; ¡me gusta la salida! Marimén, Marimén, cuando tú quieras. (Váse por la segunda derecha, mirando picarescamente a D. Roque .

D. ROQ. El demonio de la vieja, cómo me mira... No, y no le sienta el gorrete del todo mal.

ESCENA IV

D. Roque. Rosa por la primera izquierda, con una escoba.

D. ROQ. ¿A dónde vas, Rosa? ¿A barrer *el balcón?*

ROSA. ¿El balcón?

D. ROQ. No te hagas la tonta, que no te vale. Vengo de la calle y le he visto. ¡Eres una coqueta!

ROSA. ¡Pero tío!

D. ROQ. ¿Crees que me chupo el dedo? Siempre que sales, llevas escolta, y las escoltas para las procesiones; y aún te falta mucho para santa! Que no tenga que repetírtelo: a ese marinito que ha montado la centinela ahí enfrente, díle que navegue, que ésto no es la Capitanía. Así guardas el buen nombre de esta honrada casa, bajo cuyo techo hospitalario te hemos recogido?

ROSA. Está usted engañado.

D. ROQ. ¿Contestarme a mí? ¿A un Estébanez, descendiente de un lugarteniente de D. Sancho? Ahora verás que para cortar de raiz cualquier conato de indisciplina, me sobran arrestos. ¡Arrestada por tres días!

ROSA. Señor tío... que...

D. ROQ. A su cuarto, a callar y a coser.

ROSA. Callaré, pero coser, con lo obscuro que está... recuerde que me tapió ayer la ventana con el armario.

D. ROQ. Entre usted; ahí donde nadie la vea, so fea; ¿qué se ha figurado usted? ¿Que hay quien la quiera? Pues está usted equivocada: no hay quien pueda verla.

ROSA. Si usted me encierra, menos. (Entra Rosa por la primera derecha. D. Roque cierra con llave).

D. ROQ. ¡Ah, si Prim, el gran Prim hubiera procedido como yo!... se hace el amo de España.

ESCENA V

D. Roque. Salud por la segunda derecha.

D. ROQ. Salud; ahí en su cuarto dejo encerrada a la señorita Rosa...

SALUD. Muy mal hecho: tenía que barrer.

D. ROQ. Por esta vez, barra usted. Hasta luego. (Váse por la puerta del piso).

SALUD. Sí, yo; ¡Sebas!

ESCENA VI

Salud. Sebastián por la primera izquierda.

SEBAS. ¡Camará y qué calor!; vamos a tener un veranito de abrigo. ¿Sabes lo que he pensado?

SALUD. Alguna sandez.

SEBAS. ¡Te dabas en el *oncipucio!*; pues he pensao, que podías para el balcón de nuestro cuarto comprar un toldillo de esos que parecen cogedores boca abajo.

SALUD. Por ahora estás fresco; antes es mi bolsa de plata. Mira; D. Roque ha encerrado a esa en su cuarto; a ver si tienes un rato de lugar, y barres, que está al llegar el novio de Marimén, y ese se fija en todo.

SEBAS. ¿Y tú?

SALUD. Yo pensaba coger un coche y llegarme con la nena a la estación a esperarle, pero no quiere, y como me coge vestida me voy un ratito al Carmen.

SEBAS. ¿A echar tu siestecita, eh?

SALUD. ¡Majadero! ¡Así tienes la cara que tienes, que te estás quedando en los huesos! Voy a pedir por tí, pobrecillo.

SEBAS. Adios, tú.

(Abre Salud la puerta del piso).

SALUD. (A Alvaro) Pase, pase... Sebastián; aquí está este señor. (Váse Salud).

ESCENA VII

Sebastián. D. Alvaro por la puerta del piso. Cada vez que Sebastián nombra al vizconde o a Rosa hace una reverencia.

ALV. ¡Hola, perillán!

SEBAS. Muy buenas, señor vizconde; siéntese usía.

ALV. He visto salir a D. Roque... ¿Y las señoritas?

SEBAS. La señorita Marimén en su cuarto; y la señorita Rosa ahí en el suyo encerrada por D. Roque.

ALV. ¿Encerrada otra vez? ¡Mil rayos!

SEBAS. Con uno bien dirigido habría de sobra; reserve los demás.

ALV. ¿Entregaste mi carta?

SEBAS. En cuanto pude.

ALV. ¿La leyó?

SEBAS. Toda ella, de abajo arriba.

ALV. ¿Cómo, al revés?

SEBAS. Es que empezó por la firma.

ALV. ¡Ah, ya! ¡Me diste un susto! Me figuré... ¡qué sé yo! Desde que me has dicho que D. Roque está variando de carácter... él, que no se metía en nada...

SEBAS. Pues ahora quiere meter la pata ¡perdón!... amarrarse los calzones. La señorita Rosa para él es un estorbo.

ALV. ¿Qué enigma es ese?

SEBAS. Os *disfrazaré* el *estigma:* ya sabe usía que hace unos meses salió la señorita Rosa del convento en que se educaba, y que D. Roque se la trajo a esta su casa, por haberle nombrado su tutor D. Nicomedes, cuñado de D. Roque, que mañana hará un año que parmó, que murió.

ALV. Mañana un año: ¡cómo pasa el tiempo!

SEBAS. Pues bueno; a D. Roque le cayó la tutoría como una bomba; ¡él que nunca se ocupó de su hija, tener que ocuparse de una sobrina! Pero hay más: D. Nicomedes dejó su fortuna *otrogada* a sus dos sobrinas en la siguiente forma: a Marimén, una casa-palacio en Badajoz, y un capital.... de pronóstico, y a la seño-

rita Rosa, que parecía tener vocación de religiosa, un caserón convento y una renta *vandalicia*, siempre que se metiera en él.

ALV. Pues no concuerda tu relación con los hechos, porque la posición de esta familia desdice de esos palacios y ese capital...

SEBAS. Me falta decir que D. Nicomedes puso una *rentrisción*, no, *rintresción*, tampoco...

ALV. Restricción.

SEBAS. Cabal: yo con esas palabritas me armo unos trabalenguas, y si usía no me *rastifica*... Bueno, pues la herencia dispuso D. Nicomedes que quedara en *apósito* un año después de su muerte, y que si al año, que lo cumple mañana a las tres de la tarde, la señorita Marimén no ha firmado su contrato de boda, pasan el capital y el palacio a la señorita Rosa, y el convento y pensión a la señorita Marimén, que como no la creo capaz de sentirse con vocación, se quedará mirando al celeste.

ALV. ¡Testamento original!

SEBAS. Deseos locos del tío de que sentara Marimén la cabeza, porque como la niña sacó el cuerpo y la belleza de su madre, y la cabeza de serrín del padre... mudaba de novios como de camisas; y conste que le da por la limpieza exagerada.

ALV. Pero ahora tiene relaciones formales con D. Daniel Oliva...

SEBAS. Sí señor: su prometido...

ALV. Pues entonces... mañana firmarán el contrato...

SEBAS. Ya veremos; también D. Daniel se las trae con su pachorra; ya podía estar aquí, y tal vez no llegue hasta mañana.

ALV. Sí que se expone; los trenes llegan ahora siempre con retraso.

SEBAS. La escritura está lista; sólo falta que firmen.

ALV. Comprendo la excitación de D. Roque, pero bien podía no desahogar sus nervios con la señorita Rosa.

SEBAS. Si es su pesadilla; sin esa niña, casara o no casara su hija, de ésta sería el dinero. Si la señorita Rosa se casa la cosa se complica más, ¿usía me comprende?

ALV. Del todo. Y me voy. Ya sabes: cuando haya carta...

SEBAS. Descuide el señor vizconde. Lo haré todo como si fuese su ayuda de cámara.

ALV. Hombre, no me disgustaría... aunque me han dado mal resultado los ayudas de cámara casados. Ea, adiós y gracias por todo. (Le da un duro, dándole la mano).

SEBAS. Mil gracias, señor. Muy buenas, y que salga su excelencia con bien.

(Váse Alvaro por el portón, dejándolo entornado).

ESCENA VIII

Sebastián, y luego, por el portón, Enrique, un dandy de gabardina con cinturón. botines, flexible y monóculo, que no se quita ni para dormir.

SEBAS. ¡De ésta me redondeo yo! ¡Otro duro!; y cuando lleva la carta, duro que es tarde, otro... A mí estos barbianes así con pasta, pergaminos y dando la mano, como él la da, a las clases proletarias, son mi debilidad. Si hubiera muchos así, no habría socialistas... ni Casas de Pueblo, ni...

ENRIQ. (Desde la puerta). ¡Chits...!

SEBAS. (Aparte), ¡Josú!... El paniza éste en cambio, que se la da de Tenorio, y que debe de haberme tomado por *Chiusti.*

ENRIQ. ¡Chis...!

SEBAS. (Aparte). A la otra puerta.

ENRIQ. Oiga.

SEBAS. No puedo, señor, hago falta en el despacho. Haga usted el favor de retirarse y cerrar.

ENRIQ. No comprendo que a un joven apuesto, elegante y educado, se le reciba así.

SEBAS. Es que no se le recibe: no recibimos hoy.

ENRIQ. No sea usted embusterillo (Dándole un duro). ¿Recibe usted?

SEBAS. (Asombrado). ¡Hombre! (Se guarda el duro) Pase usted, y tome asiento... descanse usted...

ENRIQ. (Sentándose con mil remilgos) ¡Cuántas infelices viendo que tardo, estarán sufriendo!

SEBAS. Usted dirá.

ENRIQ. Sebastián... Marimén, por más que hago el oso, osa infeliche resistir a la sugestión de mis encantos; y ya sabe usted mi estribillo: hora es ya...

SEBAS. (Aparte). Ya empieza. Una.

ENRIQ. de que aclaremos el asunto; hora es ya...

SEBAS. (Aparte). Dos.
ENRIQ. de que cesen sus vacilaciones; hora es ya...
SEBAS. (Aparte). Tres.
ENRIQ. de que se rinda; hora es ya,..
SEBAS. (Aparte). Cuatro.
MAR. (Dentro). Sebastián, ¿qué hora es?
SEBAS. ¡Las cuatro! (Mirando el reloj). ¡¡Las tres!! Me atolondra usted, D. Enrique: es usted un barbián que da la hora; y hoy, ¡hasta los cuartos! (Suena el timbre). Llaman. Haga usted como el que se va, por si acaso.
ENRIQ. De cobarde no tengo un pelo. (Aparte). Así, alto, para que se empape ella. (Se sienta, cruzando una pierna sobre otra, con el sombrero algo atrás, un cigarrillo en la boca y uu periódico en las manos).
SEBAS. (Abriendo). ¡D. Daniel! ¡Muy bien venido! ¡Pase usted, D. Daniel!
ENRIQ. (Aparte). ¡Cuál me late el corazón!

ESCENA IX

Dichos y Daniel por el portón

DANIEL. Hola, Sebastián. ¿Quién está ahí?
SEBAS. Ese... que parece un negrito de los que se ponen en los gabinetes. Echelo usted, porque a mí no me hace caso. (Váse Sebastián primera izquierda, diciendo aparte): Yo me quito de enmedio, no vaya D. Daniel a ponerse farruco.
ENRIQ. (Aparte). ¿Será ella?
DANIEL. ¡Troneral
ENRIQ. (Aparte). ¡Arrea, el novio! (Alto) Mi estimado colega, ¿qué tal por esos Madriles?
DANIEL. Hombre, eso de colega... ¿Vas a ser médico?
ENRIQ. Ni por pienso.
DANIEL. ¿Veterinario?
ENRIQ. Mi padre está conmigo erre que erre que herrador, para seguir su negocio, y a mí sus clientes me dan tres patás en la barriga; que me revientan, vaya. ¡Yo, cualquier cosa antes que herrador!
DANIEL. ¿Y no errarás al no hacer caso a tu padre?
ENRIQ. ¿Y no *herraré* más si le hago caso?
DANIEL. Pues sigo sin comprender lo de colega.
ENRIQ. Ya te explicaré... ¿Y esas madrileñas? ¿Divinas, verdad?, sobre todo las modistas... ¡Mi gremio!
DANIEL. Cómo, ¿coses?

ENRIQ. No, caramba; es porque en mis andazas por la Corte (Aparte) nunca estuve (Alto) fueron mi debilidad, ¡Cuántas encantadoras obreras de la aguja cayeron a mis pies!

DANIEL. Pues no los tienes tan grandes para que tantas tropezaran.

ENRIQ. No está mal... ¿Cómo con ese ingeniazo que te ha brotado de pronto, has dejado la ampulosa villa, por este Cádiz donde no hallarás tanto porvenir?

DANIEL. Por ahora, una vez conseguida la cátedra de Sevilla...

ENRIQ, Ah, verdad, perdona: mi más efusiva... (Extiende las dos manos).

DANIEL. Gracias: pero veo que vives muy atrasado: ahora que se piensa suprimir el apretón de manos, causa de muchos contagios. tú me alargas las dos, por si era poco una.

ENRIQ. No estoy tan ignorante: yo te extendí las dos para que escogieras.

DANIEL. Perdona...

ENRIQ. ¿Y qué te trae por esta casa?

DANIEL. Tú, furibundo conquistador, dirías en mi lugar que venía por el pase a la reserva: me caso.

ENRIQ. ¿Con Marimén?

DANIEL. ¿Con quién si nó?: mañana firmaremos los esponsales.

ENRIQ. ¡Qué suicida vienes!

DANIEL. Suicida, sí; estoy ansiando matar muchas cosas en mí... No te las digo, porque no me entenderías. ¿Y tú, cómo no te vas a Madrid?

ENRIQ. Porque no me precisa; con decirte que mi partida sería extender la de defunción de medio Cádiz femenino...

DANIEL. ¡No eres tu nadie!

ENRIQ. Créeme, no me dejan vivir: salgo a la calle, y al instante una tos femenina me llama; miro, y la mano de raso de Rosa, roza la mía, y me da un rizo; vuelvo la cara, por mirar si alguien me ha visto...

DANIEL. Y te quiere tomar el pelo...

ENRIQ. y tropiezo con Juana, que me guiña; miro a otro lado, y me encuentro con...

DANIEL. Con la mamá.

ENRIQ. No, por Dios; con Milagros, que suspira contem-

plándome, mientras me corta el paso Asunción para darme un billetito perfumado.

DANIEL. Debe de ser delicioso ir contigo.

ENRIQ. No hay amigo que quiera acompañarme; los eclipso. Con decirte que tengo que llevar un registro para no faltar a ninguna cita... Estoy como los simones: por horas.

DANIEL. ¿Y no te hartas?, porque hay una edad, la nuestra, por ejemplo, en que se ansía concentrar todo el cariño en una sola mujer que en los desengaños de la vida nos anime y consuele, que nos rodee de verdaderas alegrías, y, finalmente... que Dios bendiga el hogar concediendo que se oigan en él las voces argentinas y chilloncíllas de unos angelitos... sonrosados... rubios... monísimos.... ¡para comérselos!

ENRIQ. ¡Azúcar!

DANIEL. No te quejarás de mí: hemos echado un buen párrafo, con las ganas que tengo de verla... ¡Sebastián!

ENRIQ. Espera... [Aparte] ¿y cómo le digo a este iluso que su novia... [Alto] Ay, Daniel; si todo eso del hogar santificado, y los angelitos rubios, ha de ser con Marimén, ¡qué engañado estás!

DANIEL. ¿Eh?

ENRIQ. Un obstáculo insuperable se alza...

DANIEL. ¿Qué dices? ¿Se ha puesto mala?

ENRIQ. No es por ahí... y si te abro los ojos [Retirándose prudentemente de Daniel]. es por amistad, ¿sabes?... no olvides que somos buenos amigos... yo no he sido el causante; es decir, mi tipo, mi aire... pero yo, sin voluntad...

DANIEL. ¡Ah, fátuo! ¿Crees acaso que Marimén se ha enamorado de tí?

ENRIQ. [Retirándose más]. Otro en mi caso lo aseguraría. Figúrate que ayer, al salir de misa, porque le dejé la acera, me sonrió...

DANIEL. No hay en ello...

ENRIQ. Espera; es que volvió la cara, para mirarme, cuatro veces.

DANIEL. ¡Qué imprudencia!

ENRIQ. Hay más: hace uu rato... pero no me mires así, que ya te he dícho que soy inocente...

DANIEL. ¡Sigue!

ENRIQ. ¡Demonio! Pues sí... yo pasaba *casualmente* por

debajo de su balcón... y *casualmente* estaba ella en él mira que te mira...

DANIEL. A algún necio.

ENRIQ. En aquel momento no había más transeunte que yo.

DANIEL. Sigue, sigue.

ENRIQ. La saludé... ya sabes lo fino que soy... me contestó muy sonriente, y, sin conocerme más que de vista, fíjate en el detalle, me preguntó por mi mamá, que la pobre está incapaz, con sus granos...

DANIEL. Al nuestro, ¡Vamos, revienta de una vez!

ENRIQ. Pues, nada; que tanto interés por mi... madre, me hizo creer que tú habías roto con ella, y me movió a presentarme aquí.. porque era como darme una cita.

DANIEL. ¿Una cita? Afortunadamente para tí, nunca hice gran caso de tus palabras.

ENRIQ. Pues hijo, por algo te llamé *colega* cuando llegaste.

DANIEL. ¿Tú mi rival? ¡Infeliz de Marimén!, en el pecado llevaría la penitencia.

ENRIQ. Daniel, fíjate en lo que dices; ¡que soy todo un caballero! Yo lo siento, y para que así lo comprendas, te cedo esta entrevista. Jamás hizo este acto un Pérez Fernández, pero te la cedo. Si reconquistas tu dama, tuya será, si no... ya sabes. (Mira al reloj) Voy a ver a Charito; dentro de media hora estoy aquí para hablar de esto; abur. (Vase por la puerta de la calle.).

ESCENA X

Daniel; Marimén por la segunda derecha.

MAR. (Mirando desde la puerta a Daniel que se pasea agitado.) ¿Te ha recomendado algún compañero los paseos gimnásticos? ¡Já, já! ¡qué célebre eres! ¡Tú, tan listo, haciendo caso a un imbécil! (Sale.) ¿Qué tal?; no te esperaba tan pronto. Como es tan raro ahora que llegue el tren sin retraso..,

DANIEL. Con retraso ha llegado para mí, que tenía esperanza de que se adelantara... ¡llevo tanto tiempo sin ver esa carita de rosa!

MAR. Empiezan las flores.

DANIEL. En Primavera estamos; pero sobre todo... ¡que a tu lado, es siempre Primavera!

MAR. ¡Cómo vienes de la corte, qué atrocidad!

DANIEL. Y a tí que fría te encuentro; lo cual viene bien con *lo demás*... tú no me quieres.

MAR. Sí, hombre.

DANIEL. Sí... ¡qué frío lo dices!

MAR. ¡Y dale con el frío! ¿qué quieres? ¿que lo diga chillando para que se enteren hasta los vecinos?

DANIEL. Ya empezó mi andaluza.

MAR. A exagerar, ¿verdad?

DANIEL. A extasiarme... a hacerme sentir... como me gusta: a lo artista.

MAR. Bien que lo eres; muchas gracias por mi retrato, que recibí anoche: es precioso.

DANIEL. Como tuyo.

MAR. ¿Y tú no exageras?; quiero decir el colorido; la disposición..,

DANIEL. Si lograra pintar como siento, entonces sí que sería artista... y ¡qué retrato el que iba hacerte! serías... ¡tú misma!; no te digo más.

MAR. Ya escampa.

DANIEL. Estoy muy contento, nena mía; ya tenemos casa en Sevilla; con un solo día que me he detenido en ella, he encontrado lo que quería.

MAR. Cuenta, cuenta.

DANIEL. Parece que te vas entusiasmando... así me gusta, ¡chiquilla!

MAR. ¡Ay, qué tonto!

DANIEL. Tonto de tanto quererte; pero tú, por ser la causante, debes disculpar mi tontería y quizás mi... Marimén... quiero hacerte unas preguntas, y me detiene no sé qué temor o respeto...

MAR. ¿Vas a...? Vamos, cuenta.

DANIEL. Sí... te contaré: pasa el Guadalquivir junto a la casa, que, coquetona, se mira en el río y le sonríe por un mirador, imitando al de Lindaraja, de la Alhambra, y tiene, frente a la fachada principal, un jardín... como un pañuelo, pero lleno de macizos de rosas y claveles, y cuyos muros tapizan enredaderas y jazmines. ¡Flores, flores por todos lados, que te esperan con los pétalos abiertos, a tí, a su reina, para ofrendarte sus perfumes; lo mismo que te aguarda la fuente, para mezclar las risas de su surtidor con las tuyas!

MAR. Poético estás.

DANIEL. ¿Cómo no contigo, si eres aquella que soñó Becquer?

MAR. ¿Lo de la casa esa... es verdad?

DANIEL. Pues claro; ¡es un paraiso!; por supuesto, cuando tú estés allí. ¡Y qué bonita se ve Sevilla allá a lo lejos! la Torre del Oro, el macizo de la Catedral, que se destaca gigantesca del otro lado del río...

MAR. Pero ese hechizo, ¿dónde está entonces?

DANIEL. En lo más pintoresco de Triana, cerca del puente; tan seguro estoy de que ha de gustarte, que me he anticipado a alquilarla por tres años.

MAR. ¡En Triana!... Pues no me lleves a ese *Paraiso*, porque me obligarás a hacer de *serpiente*.

DANIEL. No te comprendo... no quisiera comprenderte.

MAR. ¿Pero qué poesía quieres tú en Triana?... No, Daniel: yo quiero vivir en Sevilla, en el casco de la población, en un palacio, con su garaje y su jardín, un jardín inglés, y no como un pañuelo, sino muy grande, donde puedan darse veladas y bailes como en las operetas. Así quiero yo vivir, rodeada de fiestas, ¡con brillantez! no oscurecida en una casita con un corral y seis gallinas, como la mujer de un peón caminero. Ya lo oiste.

DANIEL. Sí,... oí todo eso, que no pasará de ser una broma pesada, pues... tanta *brillantez*, no podría yo sostenerla ni dos meses.

MAR. ¿Y qué, que tú no puedas? ¿no seré yo rica? al casarme contigo?, pues yo la sostendré.

DANIEL. Creo haberte dicho claramente que no quiero eso.

MAR. ¡Bah! ¡Cursilerías!

DANIEL. ¿Cursilerías? ¿Qué amor es pues el tuyo, que más que en mí piensas en tus caballos y en los de tu auto?

MAR. No te canses en hacerme desistir; yo opino que tú mismo...

DANIEL. Pero niña, ten juicio.

MAR. Eso, ponme de loca, lo que me faltaba.

DANIEL. ¡Marimén!

MAR. ¡Daniel!

(Pausa. Suena el timbre. Daniel abre).

ESCENA XI

Dichos y D.ª Escolástica por el portón; figura extravagante, recargada de adornos; trae en la mano unos impertinentes de carey, con lo que todo lo fiscaliza, y unas modas

enrolladas. Cada vez que dice «oh» se le va la cabeza. Las palabras subrayadas las pronunciarán tal y como están.

D.ª Esc. Galante caballero...

Daniel. Señora...

D.ª Esc. Tomélo por D. Roque. Encantadora vástaga de mi más preclaro amigo, ¿tomo medidas para el de boda?

Mar. Aún no.

D.ª Esc. ¡Oh! ¡interrumpo un idilio!

Mar. No...

D.ª Esc. ¡Oh! sí; mi ojo clínico, llamémosle así... lo mismo se dá cuenta del *pliché* de una falda, que de una situación *pliché*...: Me evado pues... Ya volveré...

Mar. Como V. guste.

D.ª Esc. No olvide que Escolástica Renduélez su servidora, tornará a honrarse, hollando el pavimento de su *charmante*, encantadora mansión.

Mar. No lo ovidaré.

D.ª Esc. Me tomo la libertad de dejarle los últimos figurines de *le dernier cri française*. Ahí verá, los modelos del traje de desposada... (dejando un par de modas sobre el velador.) *Olt rait*. Ea, y no molesto más... pueden seguir arrullándose... (Aparte) ¡Se aman! ¡Oh, Roque, corazón de roca! cuál tortura tu imagen mi magín. !Oh, si yo te pescara! (Váse portón, que deja entreabierto, tras más reverencias.)

Daniel. Y esta estrambótica señora...

Mar. Es mi modista, y tiene de habilidosa, todo lo rara que a primera vista parece.

Daniel. Debe ser la gran modista, entonces.

Mar. Toda una artista.

Daniel. En trapos.

D.ª Esc. (Entrando.) ¡Oh! *¡pardón!* ¡que cabeza la mía!; cambié los figurines y le dejé los de niños... y aún no há lugar a ello.. (Cambiándolos y dejándose los impertinentes.) *Revuar*, condiós. *Suvenir*, recuerdos a su simpatiquísimo papá. (Mutis al portón.)

Mar. Adiós y gracias.

D.ª Esc. (Volviéndose.) ¡Ah!... Mis indispensables.

Mar. ¿El qué?

D.ª Esc. Los impertinentes.

Mar. ¡Ah!

(Nuevas reverencias de D.ª Escolástica, que cierra la puerta y se coge la falda.)

D.ª ESC. (Dentro.) ¡Oh! ¡Oh! (Abre Daniel.)
D.ª ESC. *Mersi*, gracias.
DANIEL. Señora, señora, que se ha dejado aquí...
MAR. No, es mi bolsa.
DANIEL. ¡Ah! dispensa.
D.ª ESC. *Pa de qua*, no hay de qué.
(Reverencias a discreción. Váse definitivamente.)

ESCENA XII

Marimén y Daniel.

DANIEL. (Asomándose a la mirilla.) ¡Gracias a Dios! Esta vez se va de veras, creí que esa entrometida estantigua, iba a dormir hoy aquí... y volviendo a lo nuestro, estoy desconcertado... Mejor hubiera sido no venir hasta pasado mañana, como pensé.
MAR. ¡Ah hipócrita! ¡Querías dejarme sin herencia!
DANIEL. El primer disgusto que hemos tenido nos lo ha dado ese dinero que vas a heredar; ¿no quieres que le tenga miedo?
MAR. No te acalores tanto; si no te conviene... busca otra novia.
DANIEL. ¡Mira lo que dices!
MAR. ¿Y tú no? porque sí pensastes no venir... y al fin has venido, tu dirás lo que eso significa.
DANIEL. ¡Basta!, visto el asunto como tu lo estás viendo ahora, padece mi dignidad y no debo tolerarlo; escoge: mi amor o tu dinero.
MAR. Márchate... déjeme usted.
DANIEL. Reflexiona.
MAR. No es correcto que me tutee, estando yo hablándole de usted. (Va a llorar.)
DANIEL. ¡Si no fuera por esas lágrimas que quieren acudir a tus ojos...!
MAR. No es por usted por quien lloraría, dado el caso que llorase.
DANIEL. De todos modos.
MAR. Retírese usted.
DANIEL. Ya me voy. (Quiere hablar pero sumamente emocionado váse al portón casi corriendo para que Marimén no lo vea llorar

ESCENA XIII

Marimén, y luego D. Roque por el portón.

MAR. (Con risa nerviosa.) ¡Ja, ja, ja!... ¡Ja, ja, ja!... (Se va a aso-

mar al balcón, pero se retira; se deja caer en una silla y rompe a llorar. Suena el timbre.) ¡Sebastián!

D. ROQ. (Dentro.) Soy yo; abre.

(Abre Marimén, dejando de llorar.)

D. ROQ. (Entrando.) ¡Demontre; a poco me hace rodar la escalera! ¿Quién diablos era ese que bajaba como una tromba?

MAR. Más le valiera preocuparse ahora de mí.

D. ROQ. ¿De tí?

MAR. De mi, si, señor; de mis dudas, de mis tristezas.

D. ROQ. ¡Caray! de cuando acá... pero es verdad; estás llorosa... ¿Qué tienes hija mía?

MAR. Yo no soy su hija.

D. ROQ. ¡Recuerno!

MAR. No quiero serlo de un hombre que jamás se preocupó de mí para nada; que pudiendo y debiendo ser el amo, es menos que Sebastián; aquí todos alzan el gallo menos usted, que no sabe llevar los pantalones.

D. ROQ. ¡Niña!

MAR, ¡Que es usted un calzonazos!

D. ROQ. ¿Calzonazos yo?

MAR. Que a tanto ha llegado en el desaliño de su traje y de su persona, que parece usted el criado. No hay más que ver sino que Daniel no le ha reconocido.

D. ROQ. ¡Ah! era Daniel el que salía...ven acá, cuéntame.

MAR. Déjeme usted en paz. (Váse segunda derecha.)

ESCENA XIV

Don Roque, y luego Salud, que entra por la puerta del piso, abriéndola con llavín.

D. ROQ. Nos ha *matao* la princesa... No, y en parte tiene razón; esta ropilla (mirándose al espejo) sí, está fatal, y lo de calzonazos... también es verdad; porque esa Salud, con eso de que fué ama de la niña, tiene unos humos de ama verdaderamente; y su marido, por aquello de que fué amo... consorte, también fuma en pipa. Y es que desde que murió mi pobre Carlota...

SALUD. (Entrando). ¡Hola!

D. ROQ. Ya podía yo buscar mi llavín; lo tenía usted.

SALUD. Y no pienso devolvérselo por ahora; me hace un avío loco.

D. ROQ. Mándeme usted hacer otro siquiera.

SALUD. Así lo haré... hoy mismo... (Coqueteando) y no digo

ahora, por no perder este rato de estar con usted, que caramba, hace unos días que no hay quien le eche la vista encima. (Pequeña pausa.) Lo encuentro preocupado.

D. ROQ. Sí.

SALUD. Y distraido,

D. ROQ. Si que es una distracción esta vidita. Tenga usted una hija, complázcala en todo, hasta la... gritería, y cuando venga a recoger el fruto de su condescendencia, se encontrará usted con nervios, insultos y casi bofetadas.

SALUD. No piense en cosas desagradables.

D. ROQ. Pero ciertas. El amor paterno, como el materno, por sí solos, tarde o temprano, son estériles. Se tiene un hijo, y... muy bien mientras el pajarito está en el nido al indispensable calor de sus padres, respirando su ambiente, identificado con su espíritu; pero ¡ay! cuando sus alas se visten de plumas y puede ya volar... ¡adiós nido!... ¡adiós padre!, ¡adiós hijo!, ¡adiós espíritu santo y familiar!

SALUD. Tiene usted razón; se casará su hija y su marido se la llevará, y se quedará usted solo y sabe Dios cuando la verá usted, si es que acaso la vuelve a ver.

D. ROQ. No, no siga; calle. Marimén no hará eso conmigo; no abandonará a su padre, viejo ya, enfermo...

SALUD. Le dejará, le abandonará... como usted la ha tenido abandonada.

D. ROQ. Porque la muerte de su madre me dejó como idiota.

SALUD. Como que usted necesita más del cariño de una esposa que del de su hija.

D. ROQ. (Abstraido.) Yo le inculqué con mi abandono, esa falta de cariño, ¡hija mía!

SALUD Eso es lo de menos, porque al fin yo le suplí a usted: yo que la crié, he sido para ella *una segunda madre*; lo que a mí me preocupa de usted, es que estando aún joven y fuerte... a poco que se arreglara... usted ya me entiende: no le faltarían proporciones, mejorando lo presente.

D. ROQ. ¡Quite usted allá!

SALUD Cuando su hija le deje, ya verá como siente la necesidad de reemplazar su cariño, si no quiere morir de tristeza como gorrión enjaulado.

D. ROQ. (Aparte). ¡Diablo de mujer!

SALUD Piénselo: una mujer de mis condiciones, así como yo...

D. ROQ. ¿Casada?

SALUD Nadie garantiza la vida de nadie; si la que le llene a usted, es casada, puede quedar viuda.

D. ROQ. ¡Zambomba!

SALUD ¿Cómo podrá usted vivir sín una pasión?... ¿Cómo no ha de sentir algo así como estallidos en el corazón.

D. ROQ. (Aparte). ¿Estallidos? Es peligrosa esta ama, muy peligrosa. (Alto). Voy a ver... con su permiso. (Váse esgunda izquierda).

ESCENA XV

Salud y luego Sebastián por la primera izquierda.

SALUD. Mordió el anzuelo. Si no fuera por el Sebas... Hay que matarlo a sustos, porque ¿dónde se va a poner ese bruto comparado con don Roque, tan *fisno*...? Y que me lo meto en el bolsillo en cuanto yo me *claree* del todo. (Mirándose al espejo) Claro que deberé componerme un poco más... y ponerme un buen *corset*... y darle un poco de aire al cuerpo cuando ande... (Lo ensaya) ¿A que todavía mas de un señorito pierde el tren por mí?

SEB. ¿Que te miras tanto, esperpento?

SALUD ¡Ah!... Siempre con tus gansadas, no sabes distinguir. ¡Que ordinariez la tuya!

SEB. ¿De cuando acá quieres tú que te hable en papel de a peseta?

SALUD. Déjame de bromas. ¿A dónde ibas ahora?

SEB. A la cocina.

SALUD Pues ten cuidado no arrimarte al fogón ¿sabes, Sebas?

SEB. ¿Despinta acaso?

SALUD Despide mucho calor y puedes enfriarte.

SEB. Discurres como don Roque: ¡Mira tú que enfriarme al lao de un fogón ardiendo!

SALUD Se sobreentiende al retirarte, bárbaro. A más que no sé lo que me digo.

SEB. Bien que *barberiza*s, bien.

SALUD Y es que me tienes sobre ascuas; yo creo que tengo calentura, tócame.

SEB. ¿Pa que luego me enfríe? ¡Ja, ja!

SALUD Tócame la frente. (cogiéndole la mano) Oye, tu estás peor que yo, ¿ves como me tienes con motivo sobre ascuas?

SEB. (Serio) ¿Qué dices, mujer?

SALUD Que tú no estás nada bueno; no hay más que verte la cara; a ver el pulso: lo tienes alterado.

SEB. De darle a la bomba: ¿creerás cuando menos que estoy *fabril*? ¡Ja! ¡No sois muy asustadizas las mujeres!

SALUD Acuérdate de la pulmonía que tuvistes el año pasado por esta misma época.

SEB. ¿Aquél catarrillo fué pulmonía?

SALUD ¡Ay, que dice que no fué pulmonía! ¡Tu deliras!

SEB. ¡Déjame de músicas!

SALUD Te digo que estás malo.

SEB. Y yo te digo que... no me tires de la lengua, si no quieres oir cosas feas.

SALUD A verla; debes de tenerla muy sucia.

SEB. Como que tengo en la punta de ella tóo lo que te jiba a desí... Y ya estoy yo jablando cañí... ¡Ya me descompusiste, mujé! ¡E lo que te fartaba, mardesía! ¡Que resurtara dotora y fízica!

SALUD No te porfiaré; si es gusto tuyo morirte, muérete, hijo, muérete.

SEB. ¡Matame ya!

SALUD (Llorando a gritos) ¡Pobrecito mío!... ¡Ay, ay!... ¡De ésta se me muere!... (Váse primera izquierda)

SEB. ¡Chavó con Salú! ¡por mi salucita que acabará por quitarme la poca que me queda, como repita! Cabayero y señores...; si jasta parece que me encuentro mareaiyo:... me duele la *sandía* (Por la cabeza) ...y er pecho... (Chillando hacia adentro) ¡Déjate de pamemas!... A ver er corazón. Ná... ¡¿Eh?!... !María Zantízima! ¡Er Señó e la Columna!... Tripita como una moto. Tic, tac... que móo e latí (Sacando el reloj) ¡Si era mi *cardera!* ¡Ojú! ¡Que zusto me ha dao.. Vi a tomá un poco de agua de *azarar.*

ESCENA XVI

Sebastián. D. Roque, por la segunda derecha, deucompuesto.

D. ROQ. (Ah) ¡Calzonazos... otra vez! Aquí hay que ponerse los pantalones. Ah, Sebastián. (Con voz de trueno) ¡Sebastián! ¡jum! ¡Sebastián!

SEB. ¿También me creen sordo?
D. ROQ. Avisa al barbero, pronto ¿oyes? ¡pronto!
SEB. Ahora no puedo.
D. ROQ. ¿Cómo que no? ¡Aquí se hace lo que yo mando, canario!
SEB. ¿Y para qué quiere el barbero en casa?
D. ROQ. ¡Para que le corte la lengua a un insolente!...Pero no vayas; de todos modos tengo yo que salir; aunque esto no quita para que tengas mucho ojo conmigo. (Yéndose y aparte) ¡Chócala, Roque! eres un tío, no, ¡un padre con toda la barba! (Coge su sombrero, y váse portón.)

ESCENA XVII

(Sebastián. Luego Marimén y Salud por la segunda derecha.)

SEB. (Rascándose la cabeza) ¡Hum! ¡Hum! ¡Hum! Señor Vizconde de mi alma... ¡Quién fuera viudo pa dir con uzía de ayuda de cámara! Dende que me dijo uzía que había despedido ar que tenía por mó e su pajolera mujer, y que yo le buscase uno, pero soltero... y sin novia en tres *lenguas* a la redonda... yo era capaz e matá a mi cara mitá, y...
SALUD (Saliendo furiosa con Marimén) ¡Vamos, vamos, vamos! ¡No me lo digas, jinojo! ¿Que te parece a tí de eso, Sebas? ¡Ha reñido esta tontaja, con Daniel!
MAR. (Llorosa) Sí, he reñido, sí... eso es.
SALUD Calla *¡bolchequivikista!*
SEB. ¡Vaya palabra fina!...
MAR. ¡Ay, yo me pongo mala! Que venga la señorita Rosa.
SALUD ¡Sí, sí, Rosa...!
MAR. ¡Ay!
SALUD (Burlándose) ¡Ay!
SEB. (Lo mismo) ¡Ay!

(Suena un porrazo en la puerta del piso.)

LOS TRES ¡¡Ay!!
DOM. (Dentro) ¿Hay permiso?
SEB. (Yendo a abrir). Pero hoy es martes, porque creo que es domingo.
SALUD Hoy es lunes.
SEB. (Viendo por la mirilla). Pues es Domingo.

(Váse Marimén segunda derecha; Sebastián abre el portalón).

ESCENA XVIII

Dichos y Domingo, que es un joven de tez bronceada, y usa traje de pescador y una gorra con una visera enorme: trae un cestito con pescado, y un morral colgado del hombro.

SALUD Sí, es él.
SEB. Hola, sobrino.
DOM. Hola, tío.
SALUD ¿Qué te trae por aquí?
DOM. Hola, tia.
SALUD No saludes tanto, y dí pronto a lo que vienes.
DOM. Paese que molesto. Pos no mi importa, córcholis. ¡Bonito humó me gasto yo a la presente pa mirá en ná!
SALUD ¿Quieres ya decir a lo que vienes que no has podido esperar a mañana, martes?
DOM. Ya sé que ustede os habei zubío tanto que no recibís más que los martes, como los *duqueses,* y que yo sigo siendo lo que soy, pero hoy me tienen ustedes aquí, el tiempo que zea menesté.
SALUD ¡Qué facha tienes! ¡no te falta más que una guitarra, y unas gafas ahumadas, y pedir de puerta en puerta!
DOM. Po... hoy estreno esta gorrilla.
SALUD ¿Le llamas gorrilla? ¡Y a mí que me pareció la capota de un coche!
DOM. Po... me está chica.
SEB. Claro, si tóo se le vuelve visera. ¿Me la vendes para el balcón de mi cuarto?
DOM. Ná, que estái ustedes de chunga.
SALUD ¡Qué palabrotas!
DOM. Tóo lo mío está mal; asina cuando usté me vió esta mañana, salió tan juyendo, tía.
SALUD. ¡Pechs...!
DOM. Corría uté más que er tío e la lista, tía.
SALUD. Mira, *sobrino;* o suprimes el tía, o le añades mi nombre.
DOM. ¡Jé! está uté en tóo. Po sí: le dí dos vosinaso, como estos: (Chillando.) ¡Eeeeh, tíaaa! Y como si ná, usté arreó más.
SALUD. ¿No tenía que *arrear,* con el golpe que me dístes en la espalda, mal educado?
DOM. ¿Yo?... ¿Dende tan lejos?
SEBAS. Sí, hombre; le darías sin querer con la visera,
DOM. ¡Jé! está usté en tóo.

SALUD. Y a todo esto, aún no nos has dicho que es lo que quieres.

DOM. Pos... pescá.

SALUD. Pos... *pues,* vete a la muralla.

DOM. De allí vengo... y allí pesqué estas lisas que le traigo a la señorita Marimén.... (Gritando.) ¡Zeñita Marimén!

SALUD. ¡No seas animal!; ya se las entregaremos nosotros.

SEBAS. Yo no te entiendo; dices que vienes de pescar... y que quieres pescar.

DOM. Lo que quiero pescar ahora no son peces... sino a un tal D. Enrique, hijo de D. Pascuá el herraó, con el que pienso jasé una cosa, que é ni má ni meno que clavale un anzuelo en er mismisimo... ¡La zeñorita! (Descubriéndose.)

ESCENA XIX

Dichos, y Marimén por la segunda derecha.

DOM. Güenas tardes, zeñita; mu güena,

SALUD ¡Acaba ya de saludar!

MAR. Hola Domingo.

DOM. Zeñorita; aquí le traigo estas pocas e lisiyas; acabaditas están de sacá del agua; ¡místelas, místelas como colean entavía!

MAR. Muchas gracias; ¿pero por qué se ha molestado usted?

DOM. Verá usté; me he molestao...

SALUD. Di que no es molestia, so pedazo de bárbaro.

DOM. ¡Yo que vi a desí eso, si suore m'ha costao juntá las que vienen en er canazto! Sobre tóo, que vengo a pedí un favó, y quiero que ze vea que zí pido, e porque ante doy.

MAR. Usted dirá; si en mi mano está servirle...

DOM. De zu mano se trata. Verá usté; hay un tio malage que se llama Enrique, o don Enrique, que está que coge er sielo con las mano por conseguí eza tan requetepreciosa de usté...

SALUD ¿También traías flores para la señorita?

DOM. Pa la zeñorita me traigo yo tóo esto y un piropo que allá va. Jozú, Jozú, Jozú... Vale más...

SALUD Vale más que no lo digas.

MAR. Sí, por si acaso.

DOM. En mandándamelo usté, vuervo la hoja. Y zigo. Er favó que yo la pío a usté, é que me diga con franqueza, si le intereza a usté mucho eze panoli e don Enrique, «er colilla en pié» como le icen.

SALUD ¿Cómo no ibas tú a salir por los cerros de *Utrera,* con una necedad del barrio?

DOM. Po no e mu antiguo ezo; de cuando iba a la escuela, que como era asin de chico, y asin de tieso, po le puzieron «colilla en pie»; y yo que lo zabía, antié que me quiso conquistá con un pitillo, fuí y le dije que yo no fumaba e colilla, por indignarle, porque er muy sinvergonzón está a la par que a usté pretendiendo a mi hermana, que la pobreciya no tié a naide en er mundo má que a un zervió.

SEBAS. Y a nosotros.

DOM. Y a vosotros, que seis zus tíos, güeno, no digo que no. Conque... zeñita, ¿qué hay d' ezo? ¿Zi yo le juego una mala partía a eze Enrique de mi arma, no lo llevará usté a mal?

MAR. Pobre muchacho.

DOM. ¿Pobre muchacho? ¿no le dá a usté corage de él, manque zolo zea pó lo faró que ze pone siendo un don naide?

MAR. No exagere usted; tiene el bachiller...

DOM. Zí, zí; ¡bachillé!; ezo y ná... Yo también como zi lo fuera.

SAL. ¿Tú?

DOM. Yo no lo he visto, pero lo he oído desí, que «bachillé en arte, burro en toas partes», y a mí en toas partes me llaman burro; ¡pos como si fuea bachillé!

SAL. ¿Pero tú crees que estamos de humor para oir burradas?

DOM. ¿Y usted? ¿no e bachillera? Eza e otra.

SAL. Dile que se vaya, Sebastián.

SEB. Vete, mira que si no, te endiño, por mi salud...

DOM. Por zu zalú, me endiñará usté, pero por eza, (Por Salud.) porque uté e mas güeno que er pan que ze come... cuando ze come, que hoy entavía,... sero.

SALUD. Porque eres un gandul que te pasas todo el día sentao en la muralla. Si en vez de a la caña te agarrases a otra cosa más útil...

DOM. Por usté me pusieron Domingo y bastante jago pa se Domingo, que si aluego Dió me castiga por

faltá al percepto... Conque, ¿qué hay d'eso zeñita?

SALUD. ¡Hay que te vayas! Haz el favor que estamos muy ocupados: vuelve mañana.

DOM. Zi que gorveré, porque de mi hermana Timotea, no ze timotea eze.

MAR. Tome, Domingo. (Dándole una peseta.)

SALUD. No seas tonta, ¿le vas a dar...? Por supuesto que tu no lo tomarás.

MAR. ¿Me la va a desairar?

DOM. No se la desairo, pero a condición de que lo primero que pesque sea pa usté. ¿Conformes? ¡Lo primero...!

SALUD Sí, hombre, no seas plomo: ¡lo primero que pesques...! ¿Quieres recibo?

DOM. Po gracias, zeñita; y ea quedarse con Dió; y que siga Zalú... jaciendo de las suyas.

SALUD. ¡Morral!

DOM. (A su morral.) Ezo va por tí. (A Salud.) Anda, que cuando mandais seis peore que los amos de verdad... (Váse portón.)

SALUD, ¡Demonio de hombre! ¡Y tú (A Sebastián.) tan fresco!

SEB. ¡Eso quisiera yo! ¡Tengo calentura, toca!

SALUD. ¡Ay!, sí; es verdad. ¡Pobrecito mío! Anda, échate un rato en la cama.

SEB. Sí... (Váse primera izquierda, tomándose el pu'so; y queriendo verse la lengua.)

ESCENA XX

Marimén y Salud

SALUD. A ver a quien ponemos en lugar de Daniel, pronto, que el tiempo vuela.

MAR. No estoy ahora de humor; déjame. (Se sienta pensativa, disgustada en una butaca.)

SALUD No, no te dejo... Has hecho un disparate, y los disparates deben deshacerse cuanto antes. ¡Tu dirás, qué hacemos!

MAR. ¡Nada!

SALUD. ¡Que vas a perder la herencia!

MAR. (Rompiendo a llorar.) ¡Ay Dios mío!

SALUD ¡Ay, que tonta!
MAR. Bueno, mejor; vete,
SALUD. Me iré, pero diciéndomelo de otro modo; porque ya has dejado de ser niña, y justo es que me trates con más respeto; de usted como si fuera tu madre, cuyas veces hago. (Váse sofocada primera izquierda, llevándose el canasto.)

ESCENA XXI

Marimén

(Entra una piedra por el balcón, llevando amarrada un papel.)

MAR. ¿Eh? Una piedra, y una carta amarrada... (La coge) ¡Vaya una letrita!; esto parece la receta de un médico. ¿A ver? «Señorita Es para mí. Marímén.»
(Leyendo.) «Así como Lohengrin
en una barca,
yo, en mis locos anhelos,
llego a su alcázar.
Y a los cristales miro
con la ilusión,
de ver detrás de ellos,
mi hermosa flor.
Flor del alcázar, flor de ilusión»
(Aparte, cantando.) ¡flor de romero!
«flor que embriagaste mi corazón.
Aquí un enamorado
espera»
(Aparte.) Que se siente.
«amante,
que su amor, hechicera,
sus cantos lance,
y unidos a mis tiernos madrigales,
hagan un duo,
en que queden atadas nuestras almas
en dulce nudo.»
(Aparte.) Está de atar; él lo dice.
»Canta mi bella,
canta sin miedo,
que al pie de tu ventana...
tu canto espero.»

Angel Barreno,

Este me ha tomado por la Barrientos, y le voy a salir por peteneras.

(Escribe.) «A su carta respondo
señor Barreno,
que no entiendo de cantos
ni se hacer versos.
Déjeme, pues, de músicas...
Ah, y un consejo:
no cante usted, que ahora
el tiempo es bueno.
Marimén Estébanez.

¡Ajajá' y ahora emplearé el mismo botones. (Tirando la carta atada a la piedra.) Atiza! Le he dado a un señor en el hongo. ¡Y que viene!... ¡Y que se mete en casa!... Yo me quito de enmedio. (Váse segunda derecha. Pausa. Suena el timbre.)

ESCENA XXII

Sale Salud por la primera izquierda, abre el portón y entra D. Roque con un bombín ¡nuevo! en la mano, limpiándolo con el codo y mirando hoscamente a todas partes. Viene variadísimo; sin barba, bigote recortado, traje flamante, y trae en la mano un gran ramo de flores, en el que abundan los pensamientos, y por un bolsillo le asoma un paquete de bombones.

SALUD ¿Pero es usted, D. Roque? Viene usted apabullante.

D. ROQ. Por lo menos apabullado. No sé quién habrá sido la hija de tal, que me ha tomado por un cura y me ha tirado una teja en la cabeza.

SALUD Está usted variadísimo; lo veo y no lo creo; tan joven, tan elegante...

D. ROQ. ¿Sí eh?

SALUD Se ha quitado de un golpe, veinte años de encima.

D. ROQ. En cambio a mi hongo le han echado encima *de un golpe* cuarenta años. ¿Estoy bien?; con franqueza.

SALUD Admirablemente; hizo bien en dejarse guiar por mí.

D. ROQ. Sus consejos tenían que servir de algo, porque usted es mujer al fin y al cabo, y aunque no lo parezca...

SALUD. ¿Cómo?

D. ROQ. Que aunque no lo parezca, yo soy cariñoso y,.. no me duelen prendas. ¡Éstima de bombín!

SLUD (Aparte) ¡Se me declara! (Alto) ¡Qué flores más preciosas!

D. ROQ. ¿Qué obsequio más delicado para una mujer que las flores?

SALUD Tiene usted razón; me gustan con disloque, (Aparte) ¿Por qué tiemblas, Salud?

D. ROQ. ¿De modo que ahora resulta mi presencia agradable?

SALUD Agradabilísima.

D. ROQ. ¿Nada ridículo mi traje?

SALUD De última; está usted hecho un *daudin*.

D. ROQ. ¿Un qué?

SALUD Un gomoso.

D. ROQ. De pega, pero de todos modos, me tranquiliza usted; tome un bombón. Le alarga el sombrero

SALUD Que me da usted el bombín.

D. ROQ. Estoy en Belén. Saca el cartucho y le da un bombón Tome, y ahora le ruego que se retire; necesito coordinar mis pensamientos, y la soledad es la mejor consejera.

SALUD ¡Qué hermoso pensamiento!

D. ROQ. Gracias.

SALUD ¿Me lo da usted?

D. ROQ. (Encogiéndose de hombros) Lléveselo,

SALUD (Echando mano al ramo) Yo sabré corresponder...

D. ROQ. ¿Qué hace usted?

SALUD Coger el pensamiento.

D. ROQ. ¡Ah, vaya... no había caído. Tome el bombin.

SALUD ¡Que otra vez se equivoca!

D. ROQ. No, ahora va de bombín y no de bombón; a ver si le puede pasar una plancha...

SALUD ¡Qué plancha!

D. ROQ. ¿Cuál va a ser?

SALUD Si digo, ¡qué plancha he hecho con lo del bombón!

D. ROQ. No se preocupe.

SALUD Gracias (comiéndoselo con los ojos) (Aparte) ¡Lo pesco, digo que si lo pesco! (Vase con el bombin, primera izquierda).

ESCENA XXIII

Don Roque

D. ROQ. Esa Salud me ha descompuesto los pensamientos. Ya no sé lo que iba a decir, ni cómo iba a empezar...

(Se asoma tímidamente por la segunda derecha) No me atrevo...., estoy más corrido que cuando venía con el traje de ella... realmente hacen bien en meterse con mis pantalones.—(Suena el timbre: D. Roque da un salto y se le cae el ramo) ¡Retimbre! que diga ¡recontra!; ese timbrazo ha acabado con mi último pensamiento. (Recoge el ramo y vase escapado primera izquierda. Pausa. Vuelven a llamar)

ESCENA XXIV

Salud por la primera izquierda, enseguida Domingo, con una caña y demás avíos de pescar, por el portón, y más tarde Sebastián por la primera izquierda y Rosa primera derecha.

SALUD ¡Ya va, ya va! ¡Quién será con tanta prisa! (Abre) ¿Tú?

DOM. Yo.

SALUD ¿Se puede saber a lo que vienes otra vez?

DOM. A recogé el canasto; que usté pa echá la gente ze pinta zola, pero pa degorvé las cosa, no las deguerve como no zea cuando está indigestá; venga er canasto.

SALUD Voy por él, pero no me amueles mucho, que no está el bombín pa bollos. (Váse primera izquierda.)

DOM. ¡Vaya un pá e tíos!... Él, menos má; e falzo como un duro zevillano, que ¡vamos! paza argunas veses... pero ella... ella é una pezeta filipina que ni con descuento paza... (Transición: Mirando al morral) ¡Valiente carná yevo aquí! ¡Voy a pescá poco!

SALUD (Entrando) Aquí tienes el canasto y huye de aquí, no vayas a romper algo con la caña.

DOM. Po adió.

SALUD No chilles tanto, que vas a molestar al tío.

DOM. ¿Y qué le paza?

SALUD No sé; eso es lo que me tiene preocupada; parece que no está enfermo y lo está. Y no creo que el trabajo lo mate, que es un vago de los de no te menees, el pobrecito mío; se quiere parecer a mí que siempre estoy en el trabajo firme.

DOM. Pos yo... en zu lugá descanzo.

SALUD Sin que lo jures te creo, Y adiós (Viendo a Sebastián que asoma a la primera izquierda: Aparte) El... (Alto) Ah, y no vayas a decir por ahí que mi Sebas se está muriendo, que todavía hay esperanzas de salvarlo.

SEBAS. Aparte ¿Eh? ¡Será asesina...! Alto Salud.

SALUD. ¿Pero te has levantado? ¿Estás loco?
SEBAS. Lo estuve: el día que me dejé *himenear* contigo
SALUD. Anda a acostarte. Empuja a Sebastián, y de pronto dice mirando asustada al cuarto de Rosa ¡Sebas! ¡Sebas!
SEBAS. ¿Qué te pasa?
SALUD. ¿No has oído un ruido como de cadenas en el cuarto de Rosa?
SEBAS. ¡Bah!
SALUD. Será que todavía me dura el susto; fué mucha visión la que tuve la otra noche. ¡Qué horror!
SEBAS. ¿Aún te acuerdas?
SALUD. Ví a Rosa pálida, blanca como la cera... ponerse amarilla como el azufre y luego salirle llamas por los ojos... de pronto dió un traquido, y desapareció de mi vista.
SEBAS. Y desde ese día pa tí Rosa es una bruja, ya lo sabemos.
SALUD. Voy a verla para tranquilizarme. Abriendo el cuarto de Rosa ¡Rosa! ¡Rosita! Entra y sale a poco despavorida ¡Ay Sebas!
SEBAS. ¿Qué hay de la bruja?
SALUD. Ni jota.
ROSA. Dentro, cantando la jota de *La Bruja*
No extrañéis que se me escapen,
no extrañéis que se me escapen...
SALUD. ¿Oyes?
SEBAS. Sí, la jota de *La Bruja*.
ROSA. Saliendo ¿Qué me quería?
SALUD. ¡Lagarto, lagarto! Yo no la he invocado.
SEBAS. ¿De dónde sacastes que no estaba?
SALUD. Yo miré hasta debajo de la cama.
ROSA. Pero no en el armario, donde me metí para darle esta broma, en castigo del empeño de hacerme pasar por bruja.
SALUD. Aparte ¡Mal rayo te parta! Alto Pues ya la broma está dada: al cuarto otra vez. Váse Rosa al cuarto, y echa Salud la llave. ¡Así se te cayera la viguería encima, maldita! Y tú a la cama, Por Sebastián y tú a la calle Por Domingo. Váse primera izquierda seguida de Sebastián.

DOM. Encogiéndose de hombros No he entendío ná. ¡A Capuchinos se los debían llevá! Abriendo la puerta del piso ¡Ojú! ¡Enrique! Titubea donde esconderse, y se mete al fin en el balcón, que cierra, diciendo: Con eza carná pezco yo esta tarde,

ESCENA XXV

Enrique asoma por el portón. Luego Domingo por el balcón y enseguida D.ª Escolástica y y D. Roque

ENRIQ. ¿Dónde está quien me ha abierto? ¡Esto me huele a encerrona! Mirando a la derecha Esas puertas cerradas... Se asoma a la primera izquierda y entra diciendo: ¡Sebastián...!

DOM. Asomándose cauteloso Ahí z'ha metío. Vy a prepará el aparejo. Lo hace

ENRIQ. Saliendo de estampia ¿Quién será ese tío? ¡Cuando a mí me olía esto mal...! Váse por el portón, que queda abierto.

D.ª ESCO. Dentro Mancebo ¿no vés do vás?

DOM. Saliendo y ocultándose en el quicio de la puerta primera izquierda con el anzuelo preparado ¡Ahí viene! ¡Ahí viene!

D.ª ESCO. En el portón Aparte Roque, corazón de roca; vengo aguzando mi *pesquis* para pescarte.

Sale D. Roque por la primera izquierda, con el ramo.

DOM. Clavando el anzuelo en la parte más carnosa de D. Roque, y tirando con fuerza de la caña. ¡¡Te pesqué!! Huye hacia la puerta del piso, apartándose D.ª Escolástica.

D. ROQ. ¡¡¡Ay!!! Se lleva las manos a la parte dolorida, volviéndose agresivo hacia la puerta, luciendo en los fondillos un siete descomunal y arroja indignadísimo el ramo, que coge D.ª Escolástica.

D.ª ESCO. Más tonta que nunca. ¡Oh, si es D. Roque que me echa flores..!

TELÓN RÁPIDO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración; con una jáula colgada en el balcón

ESCENA I

Sebastián barriendo con furia. A poco Salud por el portón, con mantilla muy compuesta

SALUD. ¡Qué trabajador!; bien se vé que hoy repican en gordo.

SEBAS. Puede que muy pronto doblen por alguien... que está la *armósfera* que se puede mascar.

SALUD. ¿Qué vás a mascar?

SEBAS. La nuez de algún alcornoque.

SALUD. Los alcornoques no dán nueces, ignorante, sino tapones.

SEBAS. Ahora te ha dao a tí por la *istrución.*

SALUD. Se dice ilustración.

SEBAS. Se dice ¡cuerno!

SALUD. ¡Ay!

SEBAS. ¿Qué te ha dao?

SALUD. Nada, nada, que aún me duran los nervios del ruido de anoche.

SEBAS. ¡Mis te que asustarse de un cañonazo!... ¿Se casó la Manuela?

SALUD. Se casó.

SLBAS. ¡Y no haberme dejado ir D. Roque!... Bueno, que yo le planteo a ese tio la cuestión de confianza, es viejo. ¿Qué se ha figurao de mí, del *perceptor* de su hija?... Barre con furia

SALUD. ¡Já, já, já!

SEBAS. Amoscado ¿De qué te ríes?

SAEUD. Del mote, Aparece D. Roque en la segunda derecha, y se detiene a oir que le han puesto a D. Roque.

D. ROQ. Aparte ¿Un mote?

SALUD. Me lo han dicho en la boda.
SEBAS. ¿Y cuál es? ¿cuál es?
SALUD. Adivínalo.
SEBAS. No sé... dímelo.
SALUD. Andando con los pie muy abiertos como D. Roque. ¡Las tres menos cuarto!
SEBAS. ¡Já, já, já! ¡Las tres menos cuarto!
D. ROQ. Cerrando los pies.—Aparte ¡Canallas!
SALUD. Bueno está ya; no te rías más.

ESCENA II

Dichos y D. Roque

D. ROQ. ¿Ganduleando ya?
SEBAS. Es que esta me preguntaba... si eran las tres menos cuarto.
D. ROQ. Dándole un puntapié ¡La una ha dado! ¡Y ojo! ¡que ván a dar las dos!
SEBAS. D. Roque...
D. ROQ. ¡Y dále con D. Roque! Aquí soy el señor, y como soy el señor, se me dice ¡señor! ¿estamos?
SEBAS. Si señor.
D. ROQ. Ya me cansé de ser tonto; con que avivando Mutis al portón.
SEBAS. Sacudiendo el polvo con toda su alma.—Aparte. Si este sillón fuera él...
D. ROQ. Volviéndose. Oye, ¿crees que ese mueble es una caballería... como tú?
SEBAS. D. Roque...
D. ROQ. ¡¡D. Porra !; a la próxima, le planto a usted en la calle.
SEBAS. ¿A mí? ¿Al marido del ama de la niña?
D. ROQ. ¡¡Sí!!; y eso de *niña*, que sea la última vez que la nombras así.
SEBAS. La costumbre, don...
D. ROQ. Amenazador ¿Eh?
SEBAS. ¡Señor!
D. ROQ. Pues si; se la llama la señorita María del Carmen.
SEBAS. Como uno la ha criado...
D. ROQ. ¿También tú? No sabia yo que hubieses sido ama... seca.
SEBAS. Es un decir... que moralmente yo la crié con Salud; y así la queremos; y así nos quiere ella. ¡Como a nadie! Con retintín

D. ROQ. Aparte ¡Como a nadie! Queda un breve rato triste y cabizbajo

SEBAS. Aparte ¡Buena puya! ¡le escoció!

D. ROQ. Respuesto Hemos terminado. Inicia el mutis hacia el portón

SEBAS. Aparte, amenazándole con los zorros Le daba asi...

D. Roque se vuelve bruscamente.

D. ROQ. ¡Ah, oye!... Pero ¿qué hacías!

SEBAS. Una terele... tarele... telarañilla ¡fú! ¡que lío!.,. ¡ya salió Haciendo que quita una telaraña

D. ROQ. No me extraña con tanto guarro como hay en casa... ¿Qué iba a decir?... ¡Ah! que si viniese por aquí el señorito Daniel, que pase a mi despacho y tenga la bondad de esperarme. Otra cosa: usted, Salud ¿quién le ha mandado ponerme tantos colchones en la cama? Yo pedí uno más, no tres.

SALUD. Una, queriendo extremarse...

D. ROQ. Y bien que se ha extremado, que parece mi cama la torre de Tavira. Como que para meterme en ella, tuve anoche que subirme al armario y desde él tirarme.

SEBAS. ¡Toma! eso fué lo que nos pareció un cañonazo.

SALUD. Jesús, para que se hubiese matado.

D. ROQ. De eso estuve a punto esta mañana, que al despertarme y sentarme como de costumbre en la cama, me dí un cabezazo en una viga que a poco más, me dejo allí los sesos.

SALUD. Casualmente hoy los traje de la Plaza.

D. ROQ. Pues huelgan; y me voy: no olviden lo dicho.

SALUD. Vaya con Dios.

Váse D. Roque, portón; de ahora en adelante procura no andar con los pies tan abiertos.

ESCENA III

Salud y Sebastián

SEBAS. Asegurado de que se ha ido del todo, tira los zorros ¡Buen pez está! A la vejez... *vigüelas.* ¡habráse visto queriendo presumir a sus años Con *un* peste que lleva a *coméstico*... Era lo que nos faltaba; que se haya enamorao... ¿Y en quién habrá ido a poner los ojos? Salud baja los suyos gozosa. Como si lo viera, en alguna vieja piojosa...

SALUD. Amoscada ¡Oye!

SEBAS. ¿O se habrá ido a enamorar de su sobrina?

SALUD. ¡Quitá allá!

SEBAS. Pues mira; anoche le echó un píropo.

SALUD. ¿Sí?

SEBAS. Le dijo por esa ventana: ¡Que pases buena noche, Rosa mística'

SALUD. ¡Bah!

SEBAS. Pero en lo que se lleva chasco, es en lo de la niña; ¿Quién es él pa ella? ¡Nadie! su padre... y eso por el parentesco, que por el cariño, es como un paragua en día de sol que nadie le hace caso. ¡Chócala, que h'estao güeno!

SALUD. Anda pa la cocina, y échale unos ajos a la berza, que *me se* olvidó.

SEBAS. Algunos pienso echar... y no en la cocina precisamente.

SALUD. No será estando yo delante.

SEBAS. ¡Oye, vén! he observao que a tí no te riñe don... ese.

SALUD. No seas mal pensao: en lo que va de día, me vió tres veces, y me riñó cuatro. Aparte Mentira.

SEBAS. Pues a mí me ha reñido una sola, pero porque las empalma. Vamos allá. Váse primera izquierda.

SALUD. Reñirme a mí! ¡torpe!, ¡torpe!, ¡ciego voy a escribirme la carta dándome el pésame. (Váse primera izquierda).

ESCENA IV

Marimén por la segunda derecha con un libro. Luego Rosa por la primera derecha.

MAR. Abriendo ¡Rosa!... Papá se ha ido; ¿quieres salir un rato?

ROSA. Dentro ¿Para qué?

MAR. Como quieras.

ROSA. Espera, sí; aprovecharé tu generoso ofrecimiento para ver a mi Sagi-Barba... y para darte un beso. Besa a Marimén y se dirige al balcón. ¡Hola, precioso!.., píiii... ¿Qué díces, rico? que parece mentira que no haya venido a cuidarte ¿verdad? no me han dejado.

MAR. No le vuelvas a encargar más tu bicho a nadie, Si no es por mí te lo encuentras muerto.

ROSA. ¿De verás?

MAR. Malhumorada ¿Te extrañas? No sé por qué.

ROSA. Porque soy una tonta. No sabes cuánto te lo agradezco. Al canario ¡Pobrecito!... Anda, dále las gracias a mi primita... ¡que es más buena!... Pero ¿lloras?

MAR No me hagas caso, vete, ¡déjame!

ROSA. ¿Dejarte cuando lloras?; no, yo haré por consolarte. Tú, como yo, no tienes madre, y no podrás hallar quien cumplidamente te consuele; pero yo te ofrezco mi corazón; desahógate en él... ¡debe de ser tan dulce poder consolar!

MAR. Tras una pequeña vacilación No tengo nada... ya te lo he dicho.

~~ROSA.~~ ~~¡Ni consolar me dejas!~~

~~MAR.~~ ~~No seas pegajosa, vete!~~

ROSA. Humilde ¡ No te enfades, ya me voy. Vámonos, Sagi, donde no molestemos. ~~A Marimén~~ ~~Cuando me necesites, llámame~~. Váse triste con la jaula, primera derecha.

ESCENA V

Marimén; luego Salud y Sebastián por la primera izquierda

MAR. Leyendo «No hay pasión donde hay olvido.» Cerrando el libro ¡Qué angustia! ¡Qué tristeza

SALUD. Dichosos los ojos... en tu busca iba, para decirte que he visto a D. Antonio, y que quedó en venir a las dos; así que estará al llegar.

MAR. Ha hecho usted mal.

SALUD. ¿En atraerte a D. Antonio Limón, habiendo terminado con D. Daniel de la Oliva? ¿Qué opinas tú de esto, Sebas?

SEBAS. Encogiéndose de hombros y yéndose primera izquierda. ¿Yo?; que por mí, arriba el Limón y abajo la Oliva.

SALUD. ¡Gracioso!... Conque ya lo sabes, hasta luego.

MAR. ¿Me va a dejar sola con él?

SALUD. El onceno no estorbar.

MAR. No está bien que lo reciba sola.

SALUD. Que te acompañe Rosa.

MAR. Otra joven como yo; además, si viene papá y la ve fuera de su cuarto...

SALUD. ¡Canastos! todo son dificultades. Sentándose. Ea, ya me tienes sentada; si me duermo no te extrañe: no he pegado un ojo en toda la noche.

MAR. Mirando por el balcón Ama, ese señor que pasea la calle, mirando paraacá ¿a quién pretende?

SALUD. Asomándose un poco Ah, pues ese vizconde o marqués subió ayer a hablar con mi marido, y le dió dos pesetas... ~~De lo que hablaron no me ha dicho Sebas~~

~~ni una palabra por más que le metí los dedos; ¡es tan reservao con una!... Pero doy por seguro que viene por tí,~~

~~MAR.~~ ¿Sí?

~~SALUD.~~ ~~Y yo que tú, no cedería mucho con Antonio, por si ese duque te solicita.~~ Llaman

MAR. Nerviosa ¿Quién será? no abra, espere.

SALUD. ¿Por qué tonta? ¡no seas pamplinosa. Váse Marimén, segunda derecha.

SALUD. Pero tú... ven acá... Váse detrás: vuelve a sonar el timbre.

ESCENA VI

Sebastián por la primera izquierda. Luego Daniel por el portón

SEBAS. ¿No hay quién abra más que yo? Abre.

DANIEL. Buenas tardes: ¿está D. Roque?

SEBAS. Acaba de salir, y ha dejado dicho que si usté venía, tuviera la bondad de pasar al despacho y aguardarle.

DANIEL. Con mucho gusto.

SEBAS. El *señor* no tardará, digo yo, porque a las tres...

DANIEL. Sí, ya sé. Váse primera izquierda.

SEBAS. Aparte, Esto lo veo yo feo. Váse ídem.

ESCENA VII

Salud y Marimén por la segunda derecha. Luego Antonio por la puerta del piso.

SALUD. Claro, mujer. Suena el timbre. ¡Voy, voy! Abre. Pase D. Antonio, perdone usted...

ANT. Marimén...

MAR. D. Antonio,..

ANT. Suprima el don; es un dón que le pido encarecidamente.

MAR. SAL = Concedido. Se sienta en la butaca.

ANT. Muchas gracias. Este buen recibimiento me devuelve la tranquilidad... la... Yo soy enemigo de andar con muchos rodeos: al pan, pan; y al vino, vino; ¿le gusta a usted?

MAR. Aturdida. ¡Sí!... ¿el qué?

ANT. El que yo sea así: claro como el agua.

SALUD. Aparte. Pan... agua... vino... (Empieza *a pescar* cada vez con más furia).

ANT. Usted me permitirá que no ande con rodeos...

MAR. Espérese, que el ama se ha dormido, y con ese tronco, es como si estuviera sola.

ANT. Mejor: así con eso tendré más tranquilidad para no andar con muchos... Marimén, ¡yo la amo!

MAR. Usted... ¡Ama!

ANT. Sí, amo...

MAR. ¡Ama!

ANT. Amo...

MAR. Es que llamo al ama.

ANT. Déje usted a la vieja, y escuche usted a este infeliz que la quiere con locura y ceguedad.

MAR. Infeliz, ciego y loco; ¡vaya un novio!

ANT. El porrazo no fué para menos; un golpe así en la coronilla... me refiero al cepillo que me tiró usted el otro día a la cabeza.

MAR. No se lo tiré: se me cayó estando cepillando en el balcón una chaqueta de papá.

ANT. Es broma, lo de sus malas intenciones. ¿Cómo iba yo a suponer eso, si ví ese rostro angelical, que para más parecerlo estaba rodeado de una nube?

MAR. ¿Una nube?

ANT. Sí, la que formaba el polvo de la alfombra que usted cepillaba.

MAR. No era una alfombra.

ANT. Como echaba tanto polvo... En fin, que al verla, perdí la noción del tiempo, y hasta se me olvidó... ir a la oficina.

MAR. Y devolver el cepillo.

ANT. También es verdad,.. me lo llevé aturdido... como un motivo para entablar amistad con usted... y después, me daba vergüenza venir... Por eso opté por escribirla, y no sabe cuanto me alegró que fuera esa mujer, contra la voluntad de usted, a proponerme... lo que usted, tan meticulosa, no se atrevía a otorgar: una entrevista a este ¡que tanto la ama!

SALUD. Despertando, aparte. ¿Eh?

MAR. Tenga usted prudencia.

ANT. ¿Teme que se despierte ese alcornoque?

SALUD. Aparte. Corcho... con el hombre!

ANT. ¡Marimén de mi alma!

DANIEL. Asomado a la primera izquierda, aparte. ¡Caracoles!

ANT. Mía, mía, per sécula seculorum!

ESCENA VIII

Dichos y Daniel

DANIEL. Amén.

MAR. } ¿Eh?
ANT. }

SALUD. Aparte. ¡Lagarto! Se va primera izquierda.

DANIEL. Parece ser que ya tengo sustituto.

ANT. ¿Pero usted aquí?

DANIEL. No digo nada. Ella es libre hace veintitrés horas, quince minutos y dos segundos.

MAR. ¡Qué buen astrónomo pierde el Observatorio, si no le caza a usted!

DANIEL. Tocante a usted, Antonio, ese cariño tan... rápido.

ANT. Y la quiero: con frenesí.

DANIEL. Sí, sí... pero frene, frene la parte esa del «seculorum».

ANT. Tengo entendido, ~~porque así se me ha asegurado~~, que entre ustedes ha terminado todo.

MAR. ¿Qué hacías... qué hacía usted ahí?

DANIEL. Esperaba a su padre, para despedirme de él, y entregarle un encargo que le traigo de Madrid.

ANT. Es verdad, que torna usted de la villa del madroño.

DANIEL. Y del oso.

ANT. Bien venido: ¿qué se decía por allí?

DANIEL. Nada, es decir, sí... mucho: se comentaba el escandaloso desfalco y por tanto la quiebra del Banco Río de la Plata. Aparte. ¡Chúpate esa!

ANT. Dando un brinco. ¿Qué me dice usted?

DANIEL. Ah, pero, ¿lo ignoraba?

ANT. Nada ha dicho la prensa de aqui.

DANIEL. Por la censura habrá sido... Pues sí, ha quebrado totalmente.

ANT. Cayendo abatido sobre la silla. ¡Jesucristo!

DANIEL. ¿Qué le sucede?

ANT. Me pasa, que en ese Banco tenía impuesto todo mi capital; ¿no lo sabía usted?

DANIEL. ¡Es verdad... entonces...

ANT. ¡Estoy arruinado!

DANIEL. ¡Qué golpe, Antonio!

ANT. ¡Horrible!; y no es eso solo.

MAR. ¿No? } Simultáneamente.
DANIEL. ¿Hay más? }

ANT. En este mes, y dentro de dos días, vencen tres letras que ascienden a 24.000 pesetas cada una.

DANIEL. Hombre, esas letras son de un abecedario que no está a mi alcance.

ANT. ¡No podré pagarlas! ¡Quedaré desacreditado!

DANIEL. ¿No le puede poner dos letras a alguien?...

ANT. ¿Y quién me va a fiar 72.000 pesetas? ¡Tendré que levantarme Se levanta la tapa de los sesos.

MAR. ¡Que horror!

DANIEL. Eso es lo último: indague, busque...

ANT. Desalentado ¿Y a quién recurro? ¿Cómo pago? ¡Esto es horrible!... ¡Y ahora que me sonreía la fortuna!

DANIEL. Calma, y escúcheme, que dí con la solución.

ANT. ¿De veras Daniel? ¡Hable por Dios!

DANIEL. ¿Quiere usted a ésta?

ANT. Respete mi dolor; el momento no es muy apropósito para bromas.

DANIEL. Contésteme: ¿quiere a Marimén?

ANT. ¡Que si la quiero!; por ella más que por mí me duele mi ruina.

DANIEL. Bien; y tú ¿quieres a Antonio?

MAR. No sé quién te da vela en este...

DANIEL. Casamiento: no te pongas fúnebre, y contesta: ¿le quieres o no?

MAR. Tras leve vacilación Sí...

DANIEL. No le extrañe, Antonio, que lo diga tan fríamente: es que no quiere que se enteren los vecinos. Ea, pues ya está todo hecho; porque usted, al querer con locura a ésta...

MAR. Oye, tengo mi nombre.

DANIEL. Perdón, Marimén; hará por ella cualquier sacrificio.

ANT. Todo.

DANIEL. Incluso el amor propio.

ANT. He dicho que todo.

DANIEL. A Marimén Y tú, por tu futuro, harías también cualquier sacrificio.

MAR. Natural.

DANIEL. Pues listo: hoy firman ustedes sus esponsales, y mañana heredan, y con ese dinero paga usted sus deudas.

ANT. Eso es imposible.

DANIEL. No tiene por qué sentir escrúpulos: ella hereda porque se casa; luego usted es el motivo de que ella herede; por ende, el dinero es tan suyo como de ella.

ANT. Sin embargo...

MAR. Bueno, ¿y qué derecho tiene usted sobre mi di-

nero? ¿tengo yo la culpa acaso, de la ruina de este senor?

ANT. No, señorita; no haga caso a este loco. Permítame que me retire...

MAR. Está usted en su derecho.

ANT. A sus pies. Me voy con el corazón destrozado... Aparte y mi amor muerto al nacer; ¡no me quiere! Mira apasionadamente a Marimén, y váse portón.

ESCENA IX

Marimén y Daniel. Luego Salud sin mantilla por la primera izquierda

MAR. ¿Qué necesidad tenía yo de darle a ese este mal rato? ¡Pobrecillo!

DANIEL. ¿Le compadeces?

MAR. ¡Sí!

DANIEL. Aún es tiempo; ¿le llamo?

MAR. No...

DANIEL. Aparte ¡Bravo!; de mis tres rivales, vencí al más temible. (Alto) ~~Siento el lance, pero un desengaño más, ¡qué importa al mundo!, ¡la vida es así!...~~ Ya puede usted salir de detrás de la puerta *doña* Salud. Venga a aconsejar a *su* niña.

SALUD. Saliendo ¿Qué está usted diciendo?

DANIEL. No se moleste en disculparse. (Váse primera izquierda)

SALUD. ¡Que bien hiciste en mandar a ese *cursi* a paseo! A ver, cuenta, o yo no oí bien, o a D. Antonio lo espabilastes.

MAR. ¿Y para qué le quería arruinado?

SALUD. Razón tienes, pero hay que moverse un poco, si no queremos perder la herencia. Oye, niña...

MAR. Oiga, ama: justo está, que pues dejé de ser niña, le hable a usted de usted; pero más justo que, pues *dejé de ser niña*, me trate como me corresponde: de usted y de señorita. ¿He dicho algo?

SALUD. Aparte Otra que se subió a la parra, porra. Alto Bastante, hija mía.

MAR. Nada de hija: señorita.

SALUD. Quedo enterada. Me voy, si usted no manda otran cosa.

MAR. Que se quede aqui: está el señorito Daniel e casa, y no me voy a quedar sola; y para que no se duerma, póngase a hacer el repaso, que lo tiene muy atrasado.

SALUD. Como han encerrado a Rosita...
MAR. La señorita Rosa.
SALUD. ¿También esa?
MAR. Pues claro; prima mía es.
SALUD. Como la ha visto una fregar, barrer...
MAR. No tiene *una* que meterse en lo que no le importa. A coser y a callar.
SALUD. Aparte ¡Hum!; ya te arreglaré como me salga mí plan. Coge la costura y empieza a dar puntadas y cabezadas, hasta que se queda para que la cañoneen.

ESCENA X

Dichos y Daniel por la izquierda

DANIEL. ¿Pasaba algo?
MAR. Un barco por la bahía.
DANIEL. Oí voces y creí... Será que estaba ahí medio abstraído emborronando unas cuartillas para una memoria... Con su permiso voy a seguir.
MAR. Dále memorias.
DANIEL. ¿A quién?
MAR. A tus memorias.
DANIEL. Gracias. Al marchar, cae a sus pies una piedra con una carta atada que ha entrado por el balcón.
MAR. Asustada ¡Ah! Aparte ¡Dios mío, el marino!
DANIEL. ¿Estaremos seguros?; ¿hay bombardeo?
MAR. Algún golfillo...
DANIEL. Cogiendo la piedra No, esto no lo ha tirado un golfo, lo menos es un cabo: sabe escribir.
MAR. ¿Pero que es?
DANIEL. Una carta... para usted.
MAR. Sí, tiene razón. Léala.
DANIEL. ¿Yo?
MAR. Se lo ruego; no tengo ganas de leer.
DANIEL. Bien. Y viene en verso y todo.
Leyendo «Nunca el peligro, por grave,
lo he dejado de arrostrar,
y no es que en ello me alabe:
¡nunca he temido a la mar!
Mas su carta...» Daniel mira a Mariméa, que baja los ojos.
¡Hola! ¡Hola!
MAR. Mi carta...

DANIEL. No, si no protesto; es que con lo del mar me acordé de las olas... Sigo.

~~Más su carta, tan graciosa,~~
~~turulato me ha dejado~~
~~a pesar de oler a rosa...~~

~~Oliendo~~ Esta huele a langostinos.

~~«y el querer dasarbolado~~
~~Y termino por rogarla,~~
~~que me conceda una cita.»~~

~~Aparte~~ ¡Ah, bribón!

~~«en donde pueda esplayarle~~
~~mi pensamiento y mi cuita.~~
~~Suyo afectísimo, *Angel Barreno.*»~~

~~Bien, muy bien, señor Barreno: remítala a *Blanco y Negro*. Pollo.~~

MAR. No. Nerviosa, coge la carta, la rompe y arroja los trozos a la calle. Contestada

DANIEL. Vehemente. Con franquicia; ¡muy bien hecho!

MAR. En algo teníamos que coincidir...

SALUD. Como si despertara. ¿Qué hora es?

MAR. Mirando su reloj de pulsera. Las dos y cuarto.

SALUD. ¡Jesús me valga! ¡Cómo vuela el tiempo! A Marimén intencionadamente. ¡Cómo vuela! Váse primera izquierda, rabiando por decir lo que siente.

MAR. Daniel, debo devolverle su reloj de pulsera. Tómelo.

DANIEL. Yo le suplico que lo guarde como recuerdo de... aquel amor... o como presente de nuestra amistad, porque supongo que no llevará su crueldad hasta el extremo de negarme que seamos amigos.

MAR. Me duele que hables de crueldad. Se le saltan las lágrimas.

DANIEL. ¿Qué es eso? ¿lloras

MAR. Son los nervios.

DANIEL. No disculpes tu llanto. ¿Qué menos vas a ofrecerme por el daño que me has hecho que unas lágrimas? ¡Llora, llora aunque no sea tanto como yo he llorado!

MAR. ¡Lloraste!

DANIEL, Mis ojos no se han secado hasta que he vuelto a verte, porque ¡mira tú que cosa más rara!; viéndote, no me es posible convencerme de que nuestras relaciones han terminado, de que tú vas a ser de otro... ¡oh, no ¡de otro jamás!... solamente de que no vas a

ser mía... ~~de que no vámos a firmar de aquí a unos minutos nuestros esponsales~~...

MAR. ¡Daniel! ¡Yo qu siera borrar la impresión de mi desaire!

DANIEL. ¿Qué dices, Marimén?... Dios te premie todo el bien que me has hecho con esas palabras salidas, como un grito de amor, de lo mas íntimo de tu corazón. ¡Grabadas en el mío quedarán eternamente! quieres borrar tu desaire; pues bien, ya sabes: renuncia a la herencia. ~~Sé que te pido un sacrificio enorme, ¡esos son los que valen!, pero por mí lo harás~~ ¿verdad?

MAR. Eso es una locura, Daniel.

DANIEL. ¡Volvemos a lo mismo!

MAR. Pero hombre; ¿qué necesidad tenemos, de perder ese dinero? ¿Acaso lo robó mi tío para que le tengas tanto horror?

DANIEL. No me basta creer que lo ganó honradamente; eso no impide que pueda ser malgastado.

~~MAR. ¿Por qué desecharlo? ¿cómo vamos a vivir sin él?~~...

~~DANIEL. Con mi trbajo: yo por tí trabajaré hasta lo indecible~~...

MAR. No seas cabezón; lo que pides es un absurdo: y tú injusto conmigo; ¡injusto si!, que me vés humillada, dispuesta a ser tu esclava, ¡yo! que con solo un gesto, podría ser la reina de muchos...

DANIEL. Sé la reína entonces...

MAR. Suplicante. ¡Daniel! ¡por Dios!

DANIEL. No tenías bastante con herirme una vez: me hieres otra...

MAR. ¡Ay, yo quisiera que leyeras en mi pensamiento, porque yo no sé explicarme...!

DANIEL. ¡Si porque leo, pido lo que pido!

MAR. Te engañas, yo no soy lo que era; yo siento en mí algo, que es lo que quisiera que tú adivinases.

DANIEL. Pero no renuncias a ese dinero, y al casarte con él, yo no puedo casarme contando contigo; y como a la postre ese capital, lo derrocharás, tu amor, no acostumbrado a apoyarse en mi brazo, tal vez no sepa amoldarse... No, no quiero exponerme a ese peligro.

MAR. Ni yo a otro mayor.

DANIEL. ¿Cuál?

MR. El de que tú algún día, cansado, perdidas las primeras ilusiones, me pudieras recriminar, siquiera fuese en lo íntimo de tu corazón, mi complicidad en tu quijotada de perder lo que podía ahorrarte, o aclarar un poco el porvenir...

DANIEL. ¿De qué?

MAR. De... nuestros hijos; si Dios nos los da.

DANIEL. ¡No vas tu poco lejos!

MAR. Haces bien en reirte, soy una tonta; aunque no es mia toda la culpa.., en manos de esos dos tipos... que me han dejado hacer y decir majaderias, sin preocuparles las murmuracisnes de las gentes...

DANIEL. ¡No me lo recuerdes! ¡Si no detestase los desafíos, ayer, esta mañana, en estas veinticuatro horas amargas..,

MAR. ¿Tú ves? eso es algo de lo que yo quería decirte; no puedo, no debo casarme contigo.

DANIEL. ¿Acaso no son exageraciones de la gente, tus coqueterías, tus vanidades?

MAR. ¿Y acaso no te duelen como si fuesen verdad? Vete, abandóname, casate con otra, con Rosa; yo aceptaré la herencia de mi tío en su otra concesión; la del convento, o haré todo lo contrario: me casaré con cualquiera, sin ilusión para tener la seguridad de que así, no he de sufrir jamás un desengaño.

DANIEL. No es nada la diferencia: o angel... o demonio.

MAR. Tú lo has dicho: o angel, o demonio; hoy se decide lo que habré de ser en el resto de mi vida.

ESCENA XI

Dichos y Salud por la primera izquierda, con una botella de aceíte.

SALUD. O hablo, o reviento; el tiempo corre... ya han dado las dos, en todos los relojes de Cádiz! No, no hay que echarme, ya me voy con mi aceite a preparar la lamparilla...

DANIEL. Aparte Nada. ella es el ama aquí. A Salud. ¡Lechuza!

Marimén se va segunda derecha y Daniel primera izquierda, ambos excitados.

ESCENA XII

Salud; luego Sebastián por la primera izquierda.

SALUD Dejándose caer en una silla, y soltando la botella, que se vierte. ¡Lechuza!.... Cierra los ojos.

SEB. Entrando. Ea, pa tí esto es una balsa de aceite; ¡qué bonito!, el marido trabajando como un negro y la mujer muy tendida en una butaca como si estuviese insultada.

SALUD Y no te equivocas. ¡Me han llamado lechuza!

SEB. ¿Quién ha sido ese granuja que te ha robao? porque por lo menos debía haber añadido el nombre de esos animalitos que chupan la sangre, *¡murciégalo!* Si no fuera porque te quedan pocas días de vida... Aparte. A ver si así la *diña*.

SALUD ¿Qué estás diciendo, mentecato?

SEB. Que si no fueras tan vieja, ya te arreglaría yo.

SALUD ¿Vieja yo, mal educado?, tú sí que estás podre y pá el asilo.

SEB. Yo lo que sé es, que con la epidemia reinante están cayendo una de viejas que es el delirío.

SALUD ¿Sí, verdad?; y vejetes asquerosos, ¿no mueren?

SEB. Precisamente en lo que va de mes y en esta calle, han muerto *tres viejas*... todas así de tus hechuras... como tú; el día menos pensado, me dejas viudo.

SALUD ¿Y lo dices tan fresco, ladrón?.. Si no mirase que tus palabras son hijas de la calentura que te consume!.. Toma; esta carta que he recibido de mi amiga Pepa, y que no quería darte a leer por no impresionarte.

SBB. ~~Trae pa acá... Oye ¿aquí qué dice?~~

SALUD ~~¡Desgraciao! ¡ya ni ve!~~

SEB. ~~Quieres callar, so malage? es que eso no hay quien lo entienda.~~

SALUD ~~Sí, hombre, mira,~~ dice leyendo: Querida amiga: Me alegraré que al recibo de estas cortas líneas, se halléis buenos de salud, como yo para mí deseo; sabrás como he sabido que tu Sebas ha muerto de repente en veinticuatro horas.

SEB. ¡Ca... (nervíosisimo)

SALUD No me extraña, porque ayer lo ví, y estaba pa un día.....»

SBB. ¡Se acabó! Coge la carta y la rompe.

SALUD ¿Por qué no avisas al médico?

SEB. Mira, no me pongas nervioso, que he visto dos entierros y estoy negro.

SALUD Anoche soñé yo que traían un ataúd para esta casa,

SEB. El tuyo, cacatúa.

SALUD ¡Grosero! ¡sapo!
SEB. ¿Sapo yo? ¡so bicha! ¡bicha!
SALUD. Haciendo con los dedos la señal. ¡Lagarto, lagarto! Váse primera izquierda.

ESCENA XIII

Sebastián y a poco Rosa

SEB. A esta vieja ceniza me la quito yo de encima con un susto mónstruo que se me ha ocurrido darle. He mandao hacer, su *escuela* de *desfunción* que traerá Domingo; y a los dos minutos de entregársela él, la entrega ella...; ¡de *córporis zepurto!* Vamos a trabajar la viudez. Hablando por la ventana de Rosa Señorita Rosa, voy a la calle, ¿quiere usté *argo pa arguien?* ~~Pausa.~~ ~~¿Qué dice?~~

ROS. Saliendo ~~Que~~ Muchas gracias.

~~SEB. Pegado a la ventana. ¿Cómo?~~

ROS. ¿Tampoco ahora me oye?

~~SEB. Asustado. ¡Demasiao ahora! ¡Si parece que me habla en el cogote!~~

ROS. Como soy bruja... vuelva la cara, hombre.

SEB. ¡Ah, que ha salido!

ROS. Bien le ha contagiado Salud sus temores.

SEB. No la llame usté Salú: ezo e er cólera morbo.

ROS. Hasta luego, me vuelvo a mi encierro.

SEB. ¡Miruste que encerrarla ese besugo con hongo! eso es un tío, y lo demás son cuentos!

ROS. No habie así de él: estoy bajo su tutela y debo obedecerle.

SEB. Po si en algo puéo servirla... no olvide que Sebastián la defiende.

~~ROS.~~ Gracias, Aparte. Milagros del vizconde: de mi mayor enemigo ha hecho mi paladín.

ESCENA XIV

Dichos y Salud por primera izquierda. D. Roque a poco por la puerta del piso, con otro ramo.

SALUD. ~~Ya decía yo que era su voz.~~ ¿Quién le abrió la jaula?

ROSA. A ella me vuelvo, no se alborote. Váse primera derecha.

SEB. Vieja harpía; no ha de tardar que yo me jarte y te tire por el balcón: que eres más dañina que la gripe

D. ROQ. Entrando. ¿De palique ~~eh?, no llego una~~ otra vez? ¿que

no os encuentre lo mismo. Acabaré por poneros en la calle.

SALUD. Hace usted muy bien en reñir a ese Juan Lanas.

SEB. Calla, lengua *vespertina*.

D. ROQ. Calla tu también y a la cocina.

SEB. Ya, ya me voy Vase receloso primera izquierda.

SALUD. Malos vientos corren; Esto va a ser dentro de nada la casa de tócame Roque.

D. ROQ. Se= Entrando con furia reprimida. Conque tócame Roque, ¿eh?; lo que yo sospechaba. Cogiéndola por un brazo.

SALUD. ¡Bruto! ¡Animal! Mire usté D. Roque.

D. ROQ. ¡Y dale! ¡le mandado que se me llame señor!

SALUD. ¡Ay, señor mío!

D. ROQ. Así, pero suprima el posesivo.

SALUD. ¿Cómo?

D. ROQ. Comiendo, ¡y a la cocina!, que Ya hemos hablado bastante ¡canario!

SEB. Esto me gusta. Vamos pa dentro.

SALUD. Aparte ¡El castillo de naipes de mis ilusiones se ha venido a tierra como por ensalmo...! Vánse Sebastián y Salud, primera izquierda.

ESCENA XV

D. Roque, Marimén por la segunda derecha. Daniel se asoma un momento por la primera izquierda.

D. ROQ. A buscarte iba.

MAR. Todavía me cuesta trabajo reconocérle.

D. ROQ. ¿Te agrado así?

MAR. Sí.

D. ROQ. Pues toda esta transformación fué exclusivamente por tí, Marimén querida.

MAR. ¡Qué alegría me da oirle hablar así!

D. ROQ. Más te alegrarás cuando te dés cabal cuenta de que este cambio no es únicamente externo, sino principalmente de sentimientos, porque desde ayer, solo quiero tu felicidad.

MAR. ¿De veras papito?

D. ROQ. De veras hija mía. Tardé es cierto, en fijarme que la niña se había hecho mujer, y en todo cuanto esto trae consigo... ¡Bien me remuerde la conciencia!... ¡Un tesoro como tú confiado tanto tiempo en manos extrañas!

MAR. ¡Al fin se da usted cuenta de su abandono!

D. ROQ. Ahora, ¡cuando voy a perderte', pracisamente por eso. Igual me pasó con tu madre; yo nunca supe cuánto la quería, hasta que murió.

MAR. ¡Pobre madre!

D. ROQ. Su muerte fué un mazazo que embotó mi inteligencia y mi sensibilidad, Desde entonces, y eso puede ser un atenuante de mi olvido de tí, he sido como un autómata, un sonámbulo, o un hipnotizado,.. que se movía al influjo de la naturaleza. Para volver a la realidad, era necesario otro golpe; una fuerte sacudida que conmoviera mi razón, y todo eso han sido para mi, tus frases de ayer y más que nada la proximidad de esta fecha fatal en que voy a perderte ¡mi niña, mi vida entera! Llora

MAR. ¡Pobre papaito! Vaya, no vale llorar, no se apure. Emocionada.

D. ROQ. ¿Cómo quieres que no me apure, si dentro de unos minutos vas a firmar lo que te arranca de mis brazos?

MAR. ¡Quién sabe todavía si firmaré!

D. ROQ. ¿Hablas en serio? ¡No puede ser tanta dicha!

MAR. ¿Se opone usted a que me case?

D. ROQ. No, si es tu felicidad, ¡aunque me cueste la vida!, que tienes todo mi amor de padre dispuesto a pagar con su sacrificio mi olvido de tanto tiempo. Anda, háblame de tus cosas... cuéntame; yo creía que la polémica que tuviste ayer con Daniel, era nube de verano.

MAR. Eso creí yo tambien.

D. ROQ. ¿Y no lo ha sido?

MAR. No, y es el caso que no sé de quién es la culpa, si de él o mía. Lo que sí sé es que hemos concluido.

D. ROQ. No puede ser... con lo que te quería... ¡Diablo de chicos! Nada, nada; yo lo arreglaré todo.

MAR. Me da miedo; no es cualquiera cosa casarse, ligarse para toda la vida...

D. ROQ. Naturalmente.

MAR. Y yo no quiero ser de las que luego protestan...

D. ROQ. Desecha estos pensamientos; toma estas flores para que te alegren, pues dicen que las flores son símbolo de la alegría.

MAR. O de la tristeza, que también las flores acompañan a los muertos.

D. ROQ. ¡Jesús, Jesús! ¡qué negro lo ves todo! ¡alégrate chiquilla!

MAR. Tiene razón. Daniel se asoma. Venga, para que esté usted más pollo, quiero ponerle en el ojal una flor de las que me ha traido.

D. ROQ. Estrechándole las manos. ¡Bendita seas'

DAN. Aparte. ¡Coqueta! ¡hasta un viejo! Vase adentro.

D. ROQ. Ea, ahora me voy en busca de *mi rival*, y te lo traigo de una oreja.

MAR. Ahí en el despacho lo tiene aguardándole para entregarle un encargo que le trae de Madrid.

D. ROQ. ¿A mí un encargo? Escamado. Oye, ¿no serán dos tiros?

MAR. Dos tiros. ¡Já, já!

D. ROQ. No te rías; de un rival todo puede esperarse. Se dirige a la primera izquierda, tropezando con Daniel que sale por dicha puerta.

D. ROQ. Hola, hombre.

DAN. ¡Usted!

D. ROQ. Sí, anda, pasemos al despacho. Vánse Daniel y D. Roque primera izquierda. Suena el timbre·

MAR. ¡Salud!.... Se decide y abre.

ESCENA XVI

Marimén, y Alvaro por el portón

ALV. Buenos días, señorita,

MAR. Buenos días... ¡Sebastián!

ALV. Le ruego que no llame a nadie. Ya que he tenido la suerte de que usted me abriera y no siéndole del todo desconocido, hágame la merced de oirme sin testigos... porque... mensajero soy, de amor.

MAR. ¿Quién le envía?

ALV. Uno que de amor se muere.

MAR. Se ha equivocado usted de puerta: aquí al lado vive un médico, y más abajo un sacerdote. Creo que para un moribundo...

ALV. Que dejaría de serlo con solo una frase.

MAR. ¿Y es?

ALV. Obtener su mano.

MAR. Caramba... eso es todo un diccionario. Deshaucie a su moribundo.

ALV. ~~Para usted su amor sincero ¿no es nada?~~

MAR. Mejor será para mí, según infiero, hablar ~~menos~~ del mensaje y hablar más del mensajero.

ALV. ~~Muy bien; me habla usted en verso o en algo~~

ALV – En ese caso ... me retiro y V. perdone – Buenas tard

MAR – Vaya V. con Dios

(Cierra el portón)

muy parecido, y como quién me envía se las echa de poeta...

MAR. No eluda mi pregunta.

ALV. No acierto a comprenderla del todo.

MAR. Me explicaré mejor: hace algunos días noto su proceder excesivamente cauto, y sus maneras en extremo finas, denotan su mundología, su hidalguía... y su cortesía.

ALV. Amiga mía...

MAR. Usted está enamorado ¿acerté?

ALV. Acertó.

MAR. Pues ya que acaba de llamarme su amiga, franquéese conmigo.

ALV. No hace gran falta; su perspicacia suple con creces mi apocamiento. Créame, si fuera usted de la Policía, se acababan los ladrones; todos se apresurarían a presentársele en busca de unas esposas.

MAR. ¡Ja, ja! ¡qué gracioso y qué burlón; y con ese empaque más serio que una misa de requiem.

ALV. Usted es la que me toma el pelo, pero con tanta gracia, que estoy gozando oyéndola...

MAR. Puesto a exagerar, diga que le he dejado bizco, señor vizconde.

ALV. Bizco es poco: ciego, quemadas mis pupilas por el sol abrasador de su hermosura... Aparte. ¿Qué estoy diciendo?

MAR. ¿Acabó usted ya? Pues ahora retírese y vuelva a las tres menos cinco en punto y tal vez no le pese. ¿Vendrá?

ALV. Con mil amores.

MAR. Con uno debemos contentarnos. Hasta luego; confío en su palabra.

ALV. No faltará. Vase Alvaro, portón.

ESCENA XVII

Marimén; Daniel seguido de D. Roque por primera izquierda

MAR. Aparte. ¡Dios mío!

D. ROQ. Saliendo. ¡Que célebre tu novio! El encargo que me traía de Madrid era una cartera que compró esta mañana en casa de García, donde yo fuí por una y me dijeron le acababan de vender a él la última.

DANIEL. Perdone usted...

D. ROQ. No te pongas colorado, hombre; con algún pre-

texto tenías que volver a esta casa... y siquiera yo que sacase la cartera, ya que te me llevas ese tesoro... Ea, será cosa de avisar también al notario eclesiástico: vuelvo enseguida. Váse portón. Pausa.

ESCENA XVIII

Marimén y Daniel

DANIEL. ¡Qué olor tan intenso a heliotropo, ha dejado ese prójimo que acaba de salir!

MAR. ¿Mi padre?

DANIEL. No... el que salió antes, cuando yo entré.

MAR. ¿No te agrada ese olor?

DANIEL. Mucho, pero no ahora, que ayuda a que este ambiente me parezca más viciado de vanidad y de coquetismo... Es una vergüenza lo que pasa en esta casa. ¡Aquí entra cualquiera con tal de que lleve pantalones!

MAR. Si mi padre estuviera presente, le daría un disgusto hablando así.

DANIEL. Ya, ya he visto que su señor padre está ahora con usted que no sabe en que altar ponerla; y ciertamente que no me he atrevido a volverle bruscamente a la realidad. No soy vengativo: mi dolor no se lo deseo a nadie.

MAR. ¿Tan mala soy?

DANIEL. Mala no, pero...

MAR. Ah, vamos: hay un pero; pues entonces yo le agradezco que se haya tragado *ese pero*, para con mi pobre padre, hoy día lo que más quiero en el mundo.

DANIEL. Muy bien; pero si a él pretende contentarlo con apariencias, a mí, que no chocheo todavía, no le ha de ser fácil convencerme...

MAR. Está intransigente, hombre.

DANIEL. Estoy en mi puesto; para la gente, es usted todavía mi prometida oficial, más aún, hoy nos tomamos de dichos... por tanto, y mientras no se divulgue lo contrario, usted es mi prometida, su honor es el mío, ¡y con el honor, no consiento que se juegue!

MAR. Deje quieto el honor, que se ponen ustedes frenéticos, cuando tocan esa tecla.

DANIEL. ¡Marimén!

MAR. María del Carmen; *lo otro* es demasiado cariñoso, es demasiado *honor* para mí.

DANIEL. Perdone; no sé llamarla de otro modo.

MAR. Bien; llámeme como más rabia le dé, que no he de llevarle por eso al campo del honor.

DANIEL. ¡Al camposanto, acabará por llevarme!

MAR. Dios me libre, con lo pesado que es usted... Suena el timbre; abre Marimén.

ESCENA XIX

Dichos y D.ª Escolástica por el portón

D.ª ESC. ¡Nenita!... ¡Ah! que tenemos aquí el pollo... ¡Oh! ¡el arco iris de la paz, torna a fulgurar con aroma de Himeneo! Curioseando Pero ¡cómo no! si aquí está el ramo de oliva. Mirando picarescamente a Daniel. A Marimén. ¿Vió los figurines?

MAR. Preciosos... sí.

D.ª ESC. *Flaxionables:* genuinamente elegantes ¿cual le agradó más?.

MAR. Dudando. No sé aún,.. ya escogeré... y se lo mandaré para que no se moleste...

D.ª ESC. ¡Tampoco ahora tomo medida!... Márchome pues, no vaya la maledicencia a llamarme *Lady* miércoles, la señorita miércoles... ¡Oh, miércoles! Despidiéndose Damisela... Galán, beso su diestra.

DANIEL. A sus pies.

D.ª ESC. Al mutis. Mi ojo clínico no se engaña ni en las medidas, ni en las situaciones...

MAR. Vaya con Dios.

DANIEL. Aparte. Y no vuelva. Váse D.ª Escolástica portón. Volvamos nosotros a lo de que es usted mi prometida *oficial*, y debo preocuparme de sus actos,

MAR. Y yo á mi vez tengo el derecho de pensar si debo casarme *con usted*, o con otro.

DANIEL. ¡Con nadie!; no debe casarse una mujer tan frívola que permite este ir y venir de galanes, como si se tratara de un concurso de belleza masculina, para buscar un novio absurdo, de novela, de cine mejor dicho, que llegue, vea y venza, y antes de enterarse casi de su nombre, firme los esponsales, y usted herede.

MAR. ¿Terminó?

DANIEL. Hablar es de conciencia, porque usted está ofus-

cada; porque hasta hace poco, que vino Rosa a esta casa, ha estado usted en manos de esos dos advenedizos que se han hecho los amos del hogar, y es triste que esos sentimientos delicados, que usted posée, ese manojo de flores de sus virtudes, se vea de pronto oscurecido por un simple cardo borriquero. Ya se lo he indicado. Puede retirar el cardo, si quiere lucir el ramo tal cual es: digno de una copa de oro cincelada por hábil artista, sin necesidad de... recursos monetarios. y... he dicho.

MAR. Si la memoria te sale como el discurso, te aplaudirán a rabiar cuando te calles... por callarte precisamente.

DANIEL. Siento haberla molestado, pero infinitamente más sentiré, que no hayan sido eficaces mis palabras.

MAR. ¡Quién sabe, hombre!... no seas tan vehemente!

DANIEL. El tiempo apremia.

MAR. ¡No me martirices más!

DANIEL. Ya la dejo en paz; ¡me voy!...

MAR. Muy cariñosa No te vayas...

DANIEL. Luchando. Me vuelvo al despacho, y no me voy a la calle... porque falta poco para que vengan el notario y los testigos... y aunque se hunda la casa, no salgo hasta que ellos estén aquí... Váse primera izquierda

MAR. ¡Qué rabia! Indecisa se asoma al balcón. Anda, todavía está ese ahi.

ESCENA XX

Marimén y Salud por la primera izquierda

SALUD. Aparte. ¡Oh cruel desengaño! donde ví un amor de *conyugüe*, me encontré un ridículo y tardío amor de padre. Ah, pero la nena será el verdugo de mis planes *masquiasvélicos*. Váse segunda derecha.

MAR. ¿Qué dice? ¿Que va a subir?... No, de ningún modo. Haciendo señas. ¡Ay, que viene...! ¡qué apuro! Pasea por la escena, se mira al espejo, y se retira con un mohín de disgusto. ¡No sé qué hacer! Suena el timbre. ¡Ay! Abre en un arranque. ¿Por qué motivo viene aquí?

ESCENA XXI

Marimén y Angel de guardia marina por la puerta del piso

ANGEL. Sobran motivos: su rotro hachicero, uno; lo aburrido de la vigilancia, dos; y sus señas...

MAR. De que no subiera.
ANGEL. De que subiera...
MAR. Baje la voz.
ANGEL. Obedeciendo. Yo no tengo la culpa de que el telegrafista equivocase las banderas... sirena...
MAR. Suprima las flores.
ANGEL. Aparte. Ay, se sonroja, esto de mis temores la red afloja.
MAR. Ha cometido usted una ligereza imperdonable.
ANGEL Dígame, cuando recibe una carta, ¿acostumbra arrojársela hecha añicos a las propias narices del autor?
MAR. Otra ligereza... mía... estaba nerviosa.
ANGEL. ¿Tanto le conmovió?
MAR. No lo sabe usted bien; y de nuevo le ruego se retire.
ANGEL. ¡Tan joven y ya retirarme!
MAR. Quiero decir, que se vaya *del todo*, que no me gustan las guardias.
ANGEL. ¿Ni los guardias... marinas?
MAR. Esos...
ANGEL. Al abordaje. Avanza.
MAR. No se acerque a mí, o grito.
ANGEL. ¡Máquina atrás!; la andanada me destrozó la obra muerta, señorita, palabra de marino.
MAR. Ya veo que lo es; y es lo único que sé de usted.
ANGEL. Sepa sobre todo, que mañana levamos anclas en viaje de instrucción, y que tengo el tiempo contado...
MAR. Siendo así le escucho, aunque sé que hago mal.
ANGEL. Con esas ametralladoras que tiene por ojos, es con lo único que puede hacer mal.
MAR. Suprima elogios y abrevie.
ANGEL. Virando. Hace dos meses, estando anclado ahí en la Alameda, la ví pasar; verla, encender calderas, vulgo pitillo, y salir a toda máquina tras su estela, fué todo uno. Desde entonces, día tras día, me ha tenido de facción en su dársena, cuando me lo permitían mis obligaciones y tan solo he faltado diez días que estuve malo.
MAR. ¿Estuvo usted malo?
ANGEL. Sí, señorita, y muy molesto.
MAR. ¿Y qué tuvo?
ANGEL. Un grano.

MAR. Distraída. ¿Dónde?

ANGEL. Turbado. No me podía sentar. Pequeña pausa.

MAR. Aparte. He pecado de indiscreta.

ANGEL. Metí el remo.

MAR. Siga...

ANGEL. Mi asedio, como os decía, fué constante, burlando la vigilancia del guarda-costas de su padre, *y* de esa vieja fragata que está aquí de pontón, y del bergantín de su esposo.

MAR. ¡Ja, ja, ja!

ANGEL. ¿De qué se ríe?

MAR. De su lenguaje de lobo de mar, que me hace la mar de gracia.

ANGEL. Para gracia usted.

MAR. Ya será algo menos.

ANGEL. Es mas; que la simpatía que usted inspira y su belleza, fueron una serie de torpedos que hicieron blanco en mi santa bárbara y sobrevíno la explosión.

MAR. Que sería horrible tratándose de un Barreno, ¿no es ese su apellido?

ANGEL. Muy bien; esa misma agudeza suya, aumenta la... mi... la...

MAR. ¿Va a solfear?

ANGEL. No se burle de mi amor que me ha traído aquí a poner a sus piés mi nombre y mi carrera; y dígame si mis esperanzas quedan a flote; porque si no, embisto un escollo, y ¡en pique tiene usted un amigo!

MAR. Muy exigente me resulta el guardia marina.

ANGEL. Yo parto muy lejos de aquí; nō lo olvide.

MAR. Vamos a dejar en pié esas esperanzas, pero con una condición.

ANGEL. ¡Aunque fueran mil!

MAR. Que deje a mi arbitrio, el día y hora de los esponsales, por inmediato que sea.

ANGEL. ¡Ojalá fuera ahora mismo! ¿nada más?

MAR. Y que subsane su imprudencia de subir.

ANGEL. ¿De qué modo?

MAR. Dándome su palabra de honor de que pase lo que pase, no le dirá a nadie que yo he sido la causa de penetrar usted aquí.

ANGEL. Cuente con mi silencio.

MAR. Gracias, y ahora hágame el favor de ponerse en su *puesto* y estar allí hasta que le avise.

ANGEL. Lo que usted me mande. Llaman.
MAR. ¡Ay Dios mío! ¡debe de ser papá!
ANGEL. ¿Y qué importa? ¿no son honradas mis intenciones?
MAR. ¿Y las apariencias que me condenan? ¡por mi honor, caballero, escóndase, pronto!
ANGEL. Mal haya el buque enemigo que en mi rumbo se atraviesa. Se dirige hacia la segunda derecha.
MAR. No, en mi alcoba no; en esa otra.
ANGEL. Está cerrada la puerta. Llaman otra vez
MAR. ¡Pronto!
ANGEL. Saltaré por la ventana... Lo hace.

ESCENA XXII

Marimén, Salud por la segunda derecha, Sebastián por la primera izquierda; luego Enrique por la puerta del piso.

SALUD. ¿Quién será el de la prisa? ¡Hola, *señorita!* Con retintín. ¿se sabe algo de fijo ya? porque son las dos y media.
SAB. Saliendo.—Aparte. ¡Maldita sea! ¡Estoy hasta los pelos! Alto. Pase, D. Enrique. Mira, Salud voy un momentillo ahí enfrente a tomarme una chiquita ¿oyes? porque si no la tomo, me dá algo.
SALUD. Haz lo que te dé la gana y déjame en paz, que estoy soliviantá... Váse Salud primera izquierda, y Sebastián portón.

ESCENA XXIII

Marimén y Enrique

ENRIQ. Hablando cortado y dándole vueltas al sombrero. Salía del dos, en el que vive mi prima segunda, donde no voy sino cuando se tercia, y en la puerta todo!, todo me lo ha referido el vizconde, ¡Ah! ¡mañana sabrá usted la solución que yo pienso dar a estos tristes amores míos! ¡Yo que recibí al vizconde con los brazos abiertos, creyéndole heraldo de venturas, nunca emisario de miserias y desolaciones.
MAR. ¿Quién le mandó creer que yo era una de tantas?
ENRIQ. ¿Yo? de tontos.
MAR. ¡De tantas!
ENRIQ. De tintas...
MAR. ¿Qué lío de palabras es ese?
ENRIQ. Quiero decir, que de tontos sería, confundir las bellas tintas de su diamantina alma, con el toscos

vidrio de un corazón coqueto... ya salió. Aparte. Ya lo arreglé. Alto. Y a mi vez quiero que sepa que aunque me han querido pescar yo no soy lo que la fama dice de mí, por algunas conquistas... en las qua hará mal en fundarse para desechar mi cariño... porque fueron meros desvaneos, meros...

MAR. Aparte. Te veo, besugo. Alto. Ya sé que es usted un D. Juan Tenorio con gabardina.

ENRIQ. Girando el sombrero como la rueda de una moto en cuarta. Admito lo de don Juan en el último acto: don Juan arrepentido.

MAR. Don Juan buena persona, vaya...

ENRIQ. Justo, el pobrecito Juan, reducido y salvado por el amor de doña Inés, ¿por qué no actuar usted de hija del Comendador y salvarme a mí? ¿No es verdad... Arrodillándose con las dos rodillas.

MAR. Que aquí no hay sofá; soy tan prosista como todo eso.

ENRIQ. ¡No, por Dios! ¡es usted la poesía misma!

MAR. Levántese.

ENRIQ. No puedo, apiádece de mí.

MAR. ¿Quiere que le repita el abece de mi negativa que le contó su heraldo.

ENRIQ. Déjeme de *Heraldo* y de *A B C*... de hinojos se lo pido.

MAR. Pero levántese.

ENRIQ. No puedo... así es como debo decirla que con usted sueño, que pensando en usted me levanto...

MAR. ¡Pues levántese! ¡Arriba que es tarde!

ENRIQ. ¡Si no puedo ... Tengo un reuma articular doble, que me dobla, y cuando me doblo, sigo doblado, hasta que una mano caritativa me levante.

MAR. Aparte ¡Pobrecillo!... ¡Y lo dice sin doblez!

ENRIQ. Usted que es tan buena, pida a Dios, que venga pronto para mí la salud.

MAR. Llamando ¡Salud, venga pronto! Suena el timbre. ¡Salud!

SEB. Dentro ¡Salú y pesetas!

ESCENA XXIV

Salud, nerviosa, por la primera izquierda: luego y por el portón Sebastián, don Roque y el mozo de una confitería con una bandeja de dulce.

SALUD. ¿Qué pasa?

MAR. Ese hombre, levántelo usted. Váse corriendo segunda derecha.

SEB. Dentro ¡Abrid! o hundo la puerta! Descarga un golpe sobre la mirilla, abriéndola y asomándose por ella.

ENRIQ. Agarrándose a la falda de Salud ¡Ingrata! ¡se va, me abandona' Salud tira de él y cae sentada en el suelo, rodando Enrique a su lado.

SEB. ¡Remirilla, que miro!
Se levanta Salud y Enrique se agarra a su falda y la sigue de rodillas. Abre Salud.

SEB. Entrando cual torbellino y cerrando la puerta de golpe. ¡Habránse visto indecentes!

O. ROQ. Dentro ¡Abran!
Abre Sebastián. Entra D. Roque. Enrique se agarra a sus faldones y se levanta.

D. ROQ. ¡Socorro!

SEB. ¡Casquivana, liviana, marrana! ¡A tus años! Aparte Ahora es cuando me zafo de ella. Alto. Señor, he sorprendido a ese colilla en pie, de rodillas en *fregante* delito de rapto con mi mujer.

D. ROQ. ¡Tunantes! ¡Han tomado mi casa por un burdel!

ENRIQ. A fe de Enrique Pérez Fernández Eobatón, protesto, egregio patricio y simpático siervo, de que me hayan tomado por seductor de una esposa.

SEB. ¡De un grillo!

D. ROQ. Todo ello no deja de ser una cadena, señor Eslabón, una cadena de oprobios y afrentas para mi casa.

SEB. ¡Una cadena para mi esposa, necesito yo! A Enrique ¿Y a usted cómo ha podido gustar ese bacalao?

SALUD. ¡Aún estoy fresca!

SEB. ¡Y tan fresca! ¡Los Pirineos a tu lao, los Altos Hornos!

SALUD. ¡Sebas, que soy inocente! que...

SEB. ¡Calla, costilla, si no quieres que te parta una!

D. ROQ. ¡Silencio! u os pongo de patitas en la calle. ¡Vaya un comportamiento el vuestro! ¡No hacéis más que pasteles!

SEB. Revolviéndose furioso ¿Dónde están los pasteles?

MOZO. Asomándose por la puerta. Aquí están los pasteles.

D. ROQ. Pase, Salud.

MOZO. Gracias, igualmente. Le alarga una mano a D. Roque.

D. ROQ. Llevad eso al comedor, y dadle algo al mozo. ¡Marimén! Váse segunda derecha. El mozo deja la bandeja en un sillón

SEB. Comiendo un pastel. ¡Llévatelos, guarra!

SALUD. Sebas ¡soy inocente fué...

SEB. ¡Aparta, que manchas! La empuja contra Enrique, quien da contra el mozo que desaparece por el portón. Sale D. Roque segunda derecha y detrás muy excitada, Marimén en peinador o bata. Salud lleva los pasteles al comedor.

D. ROQ. ¿Le diste algo al mozo?

SEB. Si señor. Hace ademán de un empujón.

D. ROQ. Sal, Rosa. Abriendo su cuarto.

ROSA. Saliendo. Mande, tío.

D. ROQ. Vete al comedor, arregla la mesa, para la merienda, y ajusta después la cuenta a éstos, con el dinero que le tengo entregado a Salud para el mes.

Se oye por la derecha un gran estrépito de muebles y porcelana.

D. ROQ. ¿Pero qué diablos pasa hoy aquí? ¿quién está en tu cuarto?

ROSA. ¿En mi cuarto?... Sagi-Barba.

D. ROQ. ¿Y todo ese ruido lo ha hecho tu favorito? Se acerca al cuarto con precaución. ¡Quién vive!... Pausa No responden... ¡Quién vive!...

SEB. Puede que esté muerto el que sea, del golpe. Voy a ver yo. Se asoma ¿Quién vive?... Sale despavorido ¡Que me matan!

ESCENA XXV

Dichos y Salud por la primera izquierda y Angel por la primera derecha

ROSA. ¡Un hombre en mi cuarto!

D. ROQ. ¡Canario ¿Y ese es Sagi-Barba?... ¡Caballero! Mal lo parece quién es hallado como usted lo es... aunque vista de levita.

ANGEL. Venerable señor: no soy, aunque lo parezca, buque pirata.

D. ROQ. ¿Con qué razones explica su presencia aquí?

ANGEL. Con muchas, a querer hablar, con ninguna a no querer.

D. ROQ. Pues ha de hablar usted.

ANGEL. Antes me arrojaré por la borda.

ROSA. Yo le pido que hable.

D. ROQ. Calla tú... vete con esa compañera. Empujándole contra Salud. ¡Canallas!... pues estaba bien mi casa'...

ROSA. Tío, que ese señor demuestre...

D. ROQ. ¡Silencio, hipócrita!

ROSA. No debo callar, y no callaré.

D. ROQ. Si callarás, Sujetándola por la muñeca que tras la desvergüenza con que escarneces mis canas, no vas a añadir la osadía de pretender engañarme.

ROSA. Por favor: ¿es posible que oiga en silencio estos insultos que por su culpa me infieren?

ANGEL. Me es forzoso ser neutral.

ROSA. ¡Si usted tiene hermanas, por ellas! ¡si tiene madre!...

ANGEL. ¡Si no puedo, palabra de marino!

ROSA. Mira a Marimén que baja la vista, confusa Marimén.., ¿permitirás que yo sufra este deshonor?

D. ROQ. ¡¿Eh?! ¡Piensa lo que dices! ¿te atreves, villana, a a pedir a mi hija que te salve con mengua de nuestra honra?

ROSA. ¿Y no ofenden a la mía?... Pues sí; por mi prima vino; que me desmientan si se atreven.

D. ROQ. ¡Mala lengua!... te he de hacer tragar todo el veneno que viertes. Dí, miserable, ¿no es pública su virtud? ¿pues por qué la pisoteas? No sé como no te aplasto. Rosa rompe a llorar

ANGEL. Aparte ¡Fuerte sopla el vendaval!

D. ROQ. A Marimén Para que la verdad resplandezca, contesta: ¿qué has hecho desde que yo me ausenté?

MAR. Seguí hablando un rato con Daniel, y luego me fuí a mi cuarto a ponerme el vestido nuevo... como ves estaba vistiéndome...

ROSA. ¿Pero qué? ¿Niegas? ¡Ay, Virgen Santa, si es para volverme loca!

MAR. Que un hombre ha salido de tu cuarto, ¿cómo quieres que lo niegue? Además, porque yo me defienda, ¿te acuso a tí acaso?

ROSA. El silencio a veces es peor que la calumnia misma. ¡Habla, dí la verdad!

MAR. Que hable el ama.

D. ROQ. ¿El ama? ¿también ese ha venido por una cotorra que tiene lo menos siglo y pico?

SALUD. ¿También cotorra? Pues esta cotorra va...

SEB. Cierra el pico.

D. ROQ. A Rosa ¿Así agradeces el pan que te damos?

ROS. Desde ahora lo rechazo, aunque no se me da de limosna, que mis sudores me cuesta.

D. ROQ. ¿Te rebelas?

ROSA. Sí; ésto ya no lo puedo sufrir: me iré al convento.

D. ROQ. Presumida, santita, Rosa mística...

SALUD. A Sebas. ¿Ese era el piropo?

MAR. Aparte, con desolaeión Por mi culpa escarnecida.

ROSA. A sus ofensas, tío, no puedo oponer más que palabras de mujer: ¡aquí no hay hombres!

ANGEL. Yo no puedo defenderla.
D. ROQ. No te valen ardides, ¿quién va a defender tu causa?
ALV. Dentro Yo.
ROSA. ¡Alvaro! Se abalanza al portón y abre.
ANGEL. Aparte. El huracán arrecia.
ENRIQ. Aparte. Yo ahueco.

ESCENA XXVI

Dichos y Alvaro por el portón. Luego Daniel por la primera izquierda

ALV. Nadie sale... He oido palabras injuriosas a una señorita.
D. ROQ. Muy merecidas. En su alcoba se ocultaba ese... caballero.
ALV. Reprimiéndose ¿Qué?... ¿usted?
ANGEL. Yo, sí.
ALV. ¿Por qué motivo?
ANGEL. Ya he dicho que no doy explicaciones.
ALV. Yo se lo exijo, y ahora mismo.
AEGEL. Sacando una pistola ¡Atrás!
ALV. No me asustan tus bravatas, bandido.
ANGEL. No lo son. Dispara contra Alvaro, sin acertarle. Gran confusión. Enrique cae de rodillas.
SEB. Que est aba detrás de Angel ¡Me han matado! Cae al suelo cual largo es.
DANIEL. Saliendo ¡Señor marino, alto el fuego! Le arrebata el revólver.
SALUD. ¡Ay, mi Sebas. ¡Ahora que me hacía falta, se me muere del susto!
SEB. ¿Del susto? ¿pero no le ha salido a ese el tiro por la culata?
Angel se deja caer en una silla pesaroso de su acción. Suena el timbre.
SEB. Incorporándose ¡La justicia!
Expectación general.
D. ROQ. Abre, Sebastián.
SEB. ¿Quién, yo?, no atravieso la frontera.
D. ROQ. Temeroso ¿Quién?
NOT. Dentro Gente de justicia.
SEB. ¿No lo dije? Vuelve a caer
NOT. Dentro Venimos neutrales.
Abre Daniel.

ESCENA XXVII

Dichos; Notario y Muñoz por el portón

NOT. ¡La guerra europea!

MUÑOZ. A Daniel Hola, chico... ¿te estás ensayando para firmar a tiros?

DANIEL. ¿Acaso vengo de tiros largos? Se separa y levanta a Enrique.

NOT. ¡Caray, D. Roque!; podía haberme anunciado que en su casa se representaba la batalla del Piave, y traigo a mi mujer, que es patética. ¿Por qué fué la ruptura?

D. ROQ. No sé todavía... una historia que hay armada entre ese señor de la Armada, y esta lagarta por Rosa que me ha salido rana, y este loro por Salud que ha resultado grilla. ¡Una historia!

NOT. Historia natural... la vida es un museo. ¿Eh, Muñoz? ¡Historia Natural! ¡La vida es un museo! ¿Adivinas el alcance de la ironía?

MUÑOZ. Así, así; ¡es tan sútil!

NOT. Benaventina. Arregla los papeles

DANIEL. Don Roque, Rosa es inocente; desde su despacho he sido, aunque involuntario, testigo de cuanto ha pasado. La hermosura de su hija, originó este drama grotesco que pudo acabar mal.

D. ROQ. Según eso, usted acusa a Marimén...

DANIEL. No; ella ha sido la causa, pero inconsciente. De monos conmigo, y por darme celos *a su manera*, admitió hablar con Angel, el cual, al sonar el timbre, se metió por esa ventana.

D. ROQ. Pero si detrás hay un ropero...

MAR. Ya no hay inconveniente en que hable. Por Angel, que la mira.

ANGEL. Pues sí; topé con el armario, sobre el que me encaramé como un grumete. Sentí sollozos en la habitación, y no me atreví a moverme. Cuando esa señorita salió, me eché abajo, tirándome sobre la cama, de la cual rodé; tropecé con el lavabo, tiré el jarro, y para qué seguir...

D. ROQ. ¡Una gracia!

ANGEL. Si algo he roto, mis cardenales me ha costado; ¡todo un cónclave! Y a más el remojón; ni que me hubieran baldeado!

NOT. Eso no; porque ha sido bañarse en agua de Rosa

A D. Roque haciendo una reverencia, con lo cual le queda mirando los pies- que, con la emoción, los tiene de par en par en par. Señor, las tres menos cuarto, y debe formalizarse el contrato.

D. ROQ. Amoscado y poniéndose las «manecillas» en las doce. Las... las... es verdad, Daniel, cuando gustes.

DANIEL. Espere... no hay prisa.

D. ROQ. ¿Que no hay prisa?

MAR. No, papá.

D. ROQ. ¡Pero por María Santísima!... ¿en qué estáis pensando?

Enrique y Angel se adelantan.

ENRIQ. } Señorita...
ANGEL. }

MAR. No se molesten; ninguno de los dos.

ENRIQ. Aparte ¡Qué feo le han hecho a un hombre tan guapo! ¡Cúpido me vengará! Váse portón, dejando entreabierto.

ANGEL. Desaira el remolque: encalle el buque en la arena. A sus anclas. Se inclina. Buenas tarde. Váse portón.

D. ROQ. Adiós, barbián; buen rato me has dado.

NOT. ¡Tres menos diez

MAR. Muy excelente Alvaro...

DANIEL. Aparte ¿Qué irá a hacer?

ALV. ¿Llamaba?

MAR. ¿De modo que es por Rosa por quien paseaba usted la calle?

ALV. Justo, y usted prometió proteger este amor.

MAR. Sí, cierto. Perdóname, Rosita.

ROSA. Ya sabes que lo estás, mala. Dame un beso.

D. ROQ. Y a mí, podrás perdonarme?

ROSA. ¡Por Dios!; usted es quien tiene que perdonar mi pasada rebeldía.

ALV. A Rosa. ¡Es usted un ángel! Se retirán al balcón y siguen hablando.

NOT. ¡Siete minutos faltan'

MAR. Sí, hombre; que para jefe de estación no tendría usted precio.

ESCENA XXVIII

Dichos; Antonio por el portón, que deja abierto

ANT. Buenas tardes.

D. ROQ. ¿Otro nene? Temo ponerme los pantalones, pero...

ANT. A Daniel ¿De dónde sacó esas noticias del Banco?; mi fortuna está intacta.

NOT. ¿Firmamos o no firmamos?

DANIEL. Excitado. Calma, señor notario, que mi firma la aprecio en mucho.

MAR. Aparte. ¡Qué vergüenza!; no me duele, no, su desamor, sino su desprecio.

D. ROQ. A Antonio ¿Puedo saber a lo que viene?

ANT. De testigo, con Muñoz.

NOT. Siento insistir... pero faltan tres minutos.

D. ROQ. Veo perdida la herencia.

SALUD. Esa se va Sebas la sacude por un brazo Sebas no me sobes, ¿sabes?

DANIEL. Irónico Dígame usted, D. Roque; después de cuanto ha pasado, ¿sigue usted con Salud?

D. ROQ. Por lo visto soy un roble, y no me mata ni un rayo.

DANIEL. Me refiero al ama.

D. ROQ. Esa está ya despedida y el ganso de su marido.

DANIEL. Pues para testigos... creo que sobran

D. ROQ. Salud, y usted Sebastián, a arreglar sus trastos que en la calle falta gente.

SALUD. ¿Pero de veras nos echa, habiendo vivido juntos...

D. ROQ. Demasiado tiempo; conque, largo.

SEB. Vamos, tú; después de tóo no heredan ná... Vánse Salud y Sebas primera izquierda.

NOT. Un minuto...

DANIEL. ¿Dónde debo firmar?

NOT. ¡Hombre! ¡Al fin!

D. ROQ. Apresuradamente Déjese de exclamaciones, y díga dónde hay que firmar.

NOT. Aquí. Daniel firma

D. ROQ. Emocionado. Hija., anda tú.

MAR. No, papá, ahí no.

D. ROQ. ¿Pero qué pasa ahora?

MAR. Pasa, que Daniel ha firmado de mala gana, sólo por un escrúpulo de conciencia.

DANIEL. ¡Sólo tú has podido leer en mis ojos!

NOT. Firme, criatura, que van a dar... Da las tres el reloj de la próxima iglesia. Marcando las campanadas con la pluma. Tan... tan... tan... ¡Las tres!

D. ROQ. Hija... ¿quieres creer que estoy nervioso?

MAR. ¡Pobre papá!

D. Roq. No, no me compadezcas; si creo que es de alegría. al verte tan... tan... tan...

Not. Amoscado ¿Eh?

D. Roq. Tan juiciosa.

Mar. Eso quiero yo que no me falte: su cariño.

D. Roq. ¡Niña mía! Se abrazan conmovidos.

Daniel. Aparte. No me engañé: es de ley.

Not. Firmando. Vengan los testigos. Yo levanto acta y certifico que según las condiciones del difunto, pertenece capital y palacio sito en Badajoz, a la señorita Rosa Sandoval y Estébanez, y el convento y rentas adjuntas...

Mar. No se canse, señor mío.

Not. Muñoz, seca Dándole secante Y firmen los testigos. Lo hacen.

Mar. Renuncio también al convento y sus rentas, por no abandonar a mi padre.

D. Roq. ¡Hija!

Daniel. Exaltado ¡Al fin venciste al orgullo y estás en tu puesto! ¡ahora sí que te quiero!

Mar. Tú, firmando, me ayudaste a vencer; ya me tienes sin fortuna.

Daniel. ¡Qué más tesoro que tú! Ya podían estar aquí el Padre y el notario eclesiástico!; es decir, si piensas firmar...

Mar. Tú lo verás: una firma que va a coger todo un pliego.

D. Roq. Emocionado. De modo que os casais...

Mar. Pero papá ¿por qué esa emoción?

D. Roq. Porque... ya se lo decía yo al ama: los hijos, como los pájaros, vuelan en su día lejos del nido, tan lejos, que acaso no vuelvan a él.

Mar. Pero como tú volarás con nosotros... ¿verdad, Daniel?

Daniel. Respondo de ello.

D. Roq. ¡Hijos míos! ¡gracias!... Señores pasemos al comedor.

Ant. Por mi parte, muchas gracias; tengo prisa. Buenas tardes.

Unos. Buenas tardes.

Otros. Vaya usted con Dios.

Vánse Notario, Muñoz y D. Roque primera izquierda.

Rosa. Acercándose. Marimén: Alvaro y yo te rogamos, que

la mitad de lo que nos corresponde, por determinación tuya al fin y al cabo, la aceptéis... como regalo de boda.

MAR. No debo aceptar; en tu lugar nada te hubiera cedido, así que...

ROSA. Embusterilla... ¿Temes que Daniel se oponga?

DANIEL. ¿Yo? de ningún modo; ya no me asusta que sea rica; ya no hay peligro en ello.

MAR. Tienes razón. Y un millón de gracias, primita.

ROSA. Palmoteando ¡Qué bien!; nos casaremos el mismo día, ¿verdad?

D. ROQ. Saliendo con una servilleta y un pastel. ¿Pero venís?

MAR. Ya vamos. Vánse D. Roque, Rosa y Alvaro, primera izquierda

ESCENA XXIX

Daniel y Marimén; Salud por la primera izquierda, luego Domingo por el portón

SALUD. ¡Ay: señorita!; vengo a rogarle qne *intecepte* por nosotros... Una tendrá sus defectos, ¿quién no los tiene? pero arrojarla a una a la vía pública, como a un vil can.. Berrea.

MAR. Bueno; ahora veré a papá.

DANIEL. No pidas perdón para esos intrusos. Por ellos, ¡a poco te pierdo a tí!

MAR. Ténles lástima.

DANIEL. Me la dan, pero tú has estado *enferma*, y hay que desinfectar la casa. Y que agradezcan que no se les eche a latigazos, como a fariseos.

DOM. ¡Arrea!

DANIEL. En las casas, como en las naciones, no debe condecenderse con los pícaros. ¡Así soy!...

MAR. ¡Y así te quiero!

SALUD. ¡Nos echan!

DOM. Asomado un poco, aparte. Ya no podei ustede recibí los martes. Váse Salud primera izquierda. Domingo desaparece

D. ROQ. Asomando primera izquierda. Venid a tomar algo, que tiempo teneis de arrullaros.

MAR. Sí, vamos; yo os haré los honores, y a los dos por igual, para que no os tengais envidia. Vánse los tres, primera izquierda.

ESCENA XXX

Sebastián con un lío grande por la primera izquierda, luego Domingo por el portón

SEB. Veinte y dos años de martirio con ese chucho... y al final este lío. Deja caer el que trae. Suena el timbre. Abre Sebas. Entra Domingo.

DOM. ¿Cómo está usté, tío?

SEB. Hecho un lío. Vienes a punto pa ayudarnos; espera. Váse primera izquierda,

DOM. No estoy yo aquí mu tranquilo; deseando estoy soltarle el sobre negro a la tía, y salir najando.

ESCENA XXXI

Domingo. D.ª Escolástica por el portón. Luego, por la primera izquierda, Marimén, Daniel y D. Roque.

D.ª ESC. Mancebo... anuncie a D.ª Escolástica.

DOM. Aparte. Chavó, con la elástica.

D.ª ESC. Aparte. Parece anonadado el plebeyo. Toseré para que salgan. Se desgañita tosiendo

DOM. Aparte, retirándose al portón ¿Tendrá la gripe?

D.ª ESC. Mirando primera izquierda ¡Oh, el piscolabis!

MAR. Saliendo Buenas tardes...

D.ª ESC. Regocijantes; no me equivocaba mi ojo clínico.

DOM. Aparte. Ya está con su ojo.

D.ª ESC. ¿Tomo por fin medida para el de boda?

MAR. Habrá que tomarlas dobles: hay dos bodas...

D.ª ESC. Mirando anhelante dentro a D. Roque y cayéndosele las tijeras. ¡Retijera! ¿Se casa D. Roque? Se le caen los figurines

MAR. Mi prima Rosa.

D.ª ESC. Plácemes por doquier Tirando del metro

MAR. Si no le sirve de molestia, vuelva mañana.

D.ª ESC. *Avec presir*, con gran placer. A D. Roque que sale Ojo con contagiarse con tanta boda; ¡mucho ojo!

DANIEL. Aparte ¿Clínico?

D. ROQ. Me fué muy bien para reincidir.

D.ª ESC. *Very priti*, muy bonito, pero sí que también ¡qué lástima! *¡Wote pití!*

DOM. En el portón. Aparte. Pití, pití... Eso huele a pítima.

D.ª ESC. Hasta mañana.

TODOS. Adiós.

D.ª ESC. *Till tu moro.* Váse portón

DOM. Aparte. Tintillo del moro; cuando yo decía...

D. ROQ. Vamos con esos señores... Vánse primera izquierda

ESCENA XXXII

Sebastián rodando un baul-mundo; luego Salud muy compuesta, primera izquierda

SEB. ¡Cuántas vueltas da el mundo! Si al menos el Vizconde me admitiese, sin obligarme a dar a mi mujer la puntilla...

SALUD. Saliendo Dame la puntilla, Sebas.

SEB. ¿La puntilla!?

SALUD. Quita, torpe. Abre el lío, saca un cuello de encaje de puntilla y es lo pone.

SEB. Domingo, échate el mundo a la espalda.

DOM. Espere, tío; tía... este sobre negro... Tome usté.

SALUD. ¡Una esquela de defunción! ¿Quién será la persona fallecida?

SEB. Aparte. ¡Ahora va a ser ella!

SALUD. Excitada con la lectura. ¡Ay! ¡ay! ay!

ESCENA ULTIMA

Dichos y Marimén, D. Roque, Daniel, Alvaro, Rosa, Notario y Muñoz, primera izquierda

MAR. ¿Qué gritos son esos?

D. ROQ. ¿Qué pasa?

MAR. Cogiendo la esquela a Salud ¿A ver? Leyendo «Mañana, cinco del corriente, a las tres de la tarde, será conducido al Cementerio Católico de esta ciudad, el cadáver de la señora doña Salud...»

SALUD. ¡¡Ay!!. . Cae como muerta.

SEB. Cogiendo a Salud por el cuello para evitarle la caida, y quedándose con la puntilla de encaje en la mano, dice agitándola: ¡Rodó sin puntilla!

TELÓN